

PROA



Nº 3

B-AIRES

ROBES, MANTEAUX
CHAPEAUX
FOURRURES, COIFFURES
GANTS, PARFUMERIE

AUGUSTE

ESMERALDA 1048

U. Tel. 41, Plaza 1847

U. Tel. 41, Plaza 1806

BUENOS AIRES

PRODUITS DE BEAUTE
MASSAGE FASCIAL
MANUCURE,
CHAUSSURES DE LUXE

KERTEUX

ANTIGÜEDADES

LIBERTAD 1249

U. T. 41, PLAZA 0831

BUENOS AIRES

COMMERCE

COMITÉ DIRECTIVO

PAUL VALERY
VALERY LARBAUD
LEON PAUL FARGUE

7 RUE DE L'ODÉON
PARÍS

LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE

Revista Mensual de Literatura y Crítica

11.º AÑO

DIRECTOR
JACQUES RIVIERE
SECRÉTARIO
JEAN PAULHAN

APARECE EL 1.º DE CADA MES

3 RUE DE GRENELLE (VI)
PARÍS

INTENTIONS

REVISTA MENSUAL

M. PIERRE ANDRÉ-MAY
DIRECTOR

RUE PHALSBURG (XVII)
PARIS

La Revue Europeene

REVISTA MENSUAL

COMITÉ DIRECTIVO
EDMOND JALOUX
VALERY LARBAUD
ANDRÉ GERMAIN
PHILIPPE SOUPAULT

Aux Editions du Sagittaire en
lo de SIMON KRA.

6 RUE BLANCHE PARIS

Noticias Literarias

REVISTA MENSUAL DE
BIBLIOGRAFIA Y CRÍTICA

DIRECTOR
CESAR OLMOS

SUSCRIPCIÓN ANUAL \$ 2.—
CANGALLO 876
2.º PISO

VALORACIONES

HUMANIDADES, CRÍTICA Y POLÉMICA

DIRECTOR
CARLOS AMÉRICO AMAYA

REVISTA EDITADA
POR EL
GRUPO DE ESTUDIANTES
«RENOVACION»

ADMINISTRACIÓN
57 N.º 404 - LA PLATA

CLARIDAD

ARTE — CIENCIA — CRÍTICA

Correspondencia a
CARLOS CARO

Casilla 3323.
SANTIAGO DE CHILE

AGENCIA EN BUENOS AIRES
J. SAMET
AVENIDA DE MAYO 1242

REVISTA "RODÓ"



CASILLA 6019
SANTIAGO DE CHILE

Revue de L'Amerique Latine

Llega a Buenos Aires hacia el 25 de cada mes



DIRECTOR
E. MARTINECHE



2 Rue Scribe - PARIS

MARTIN FIERRO

PERIÓDICO QUINCENAL
DE
ARTE Y CRÍTICA LIBRE



Dirección y Administración
27 - BUSTAMANTE - 27

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR
JOSÉ ORTEGA Y GASSET
SECRETARIO DE REDACCIÓN
FERNANDO VELA

MADRID - Apartado 12.206
Avenida Pí y MARGALL 7
(Segundo trozo Gran Vía)

T E S E O

Director EDUARDO DIESTE

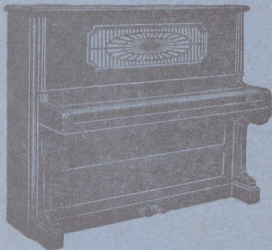


RECONQUISTA 539
MONTEVIDEO

EL PIANO BECHSTEIN

reúne en su construcción las más altas cualidades acústicas y mecánicas conseguidas hasta el presente.

De ahí el encanto que producen sus voces claras, armoniosas e incomparablemente bellas, en el ánimo de quien las oye.



Representantes exclusivos:

Harrods

Pueden
adquirirse
con
facilidades
de pago.

Bs. As. Ltd.

Departamento de MUSICA
planta baja.

PROA

JORGE LUIS BORGES,
BRANDAN CARAFFA,
RICARDO GÜIRALDES,
PABLO ROJAS PAZ.

Año I

Núm. 3

OCTUBRE

REDACCION:
AVENIDA QUINTANA 222

BUENOS AIRES

1924

SUMARIO

BRANDÁN CARAFFA	<i>La Calle de la Tarde — De Francesca a Beatrice.</i>
ÉVAR MÉNDEZ	<i>Recuerdo del Amigo Extinto (versos).</i>
D. SALGUERO DELLA HANTY	<i>J. Supervielle — Caricatura.</i>
JULES SUPERVIELLE	<i>El Hombre de la Pampa (fragmento).</i>
SOLER DARÁS	<i>La Liebre y la Jirafa.</i>
PABLO ROJAS PAZ	<i>Las Vírgenes de Madera.</i>
JORGE LUIS BORGES	<i>La Criolledad en Ipuche.</i>
PEDRO LEANDRO IPUCHE	<i>El Guitarrero Correntino.</i>
PAUL ÉMILE BECAT	<i>Retrato de Valery Larbaud.</i>
RICARDO GÜIRALDES	<i>Un Libro.</i>
EDGARDO CASELLA	<i>El Estudiante que murió de rabia.</i>
JOSÉ MARÍA CÉSAR	<i>El Nostálgico.</i>
NORAH BORGES	<i>Aldeanos Portuguesas — Dibujo.</i>
ROBERTO MARIANI	<i>Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes.</i>
AUGUSTO MARÍA DELFINO	<i>Raquel de España.</i>
JUAN VIGNALE	<i>Córdoba.</i>
FRANCISCO BORES	<i>Músicos (grabado).</i>
REDACCIÓN	<i>Homenaje a J. Supervielle.</i>

La calle de la tarde

De Francesca a Beatrice

VUELTA al clasicismo? Nunca se ha errado tanto como haciendo esta afirmación. Yo creo que entre lo clásico y lo moderno no hay una diferencia específica, como creen los *campeones de la tradición*, sino tan sólo de grado. ¿Ha adquirido el hombre sentidos nuevos? ¿Sus pasiones y su espíritu, son distintos de los que vemos en el hombre griego o en el egipcio? Entre la Venus de Milo y el San Juan de Rodin, hay un tiempo consumado. Y el tiempo en biología significa diferenciación y perfeccionamiento de funciones y en psicología análisis y refinamiento de facultades. El arte clásico copia arquetipos que son dioses. Y los dioses, seres omnipotentes, viven en extensión. La intensidad es patrimonio de los seres limitados en el tiempo y obstaculizados en el espacio. Los músculos se hinchan y la expresión se deforma, en razón directa del esfuerzo y de la impotencia del actor. Siendo Grecia un pueblo religioso, en cuya vida intervenían directamente sus dioses, como inspiradores y modelos, su arte tenía que ser un equilibrio perfecto entre la voluntad y la forma. Los arquetipos surgen concluidos de una vez para siempre y con su órbita de acción predeterminada. «Las cosas existen en cuanto obran y obran en cuanto piensan. Existir es pensar». Aristóteles sintetizó en estas palabras el fatalismo griego. Y ese paralelismo instantáneo entre la voluntad y la acción, se refleja en el equilibrio anatómico y la serenidad de su escultura. Los dioses y los héroes no hacían esfuerzo para realizar

sus hazañas, puesto que estaban proporcionadas a su naturaleza. Hércules después de los doce trabajos, conserva intacta su arquitectura muscular. En cambio El Pensador, carga sobre sus biceps y sus costales, la historia detallada, de sus esfuerzos desproporcionados y estériles. «El mal es la materia imperfecta». Tal vez en esta frase de Aristóteles, fundó Nietzsche su superhombre. El cristianismo introduce el mal, con su dogma de la imperfección de la materia. Y Grecia muere para siempre desde el instante en que nace la creencia en el esfuerzo personal. Un nuevo aspecto hasta entonces apenas esbozado, empieza a preponderar en el hombre. La pasión individual.

Los ojos y el rostro adquieren una importancia desmedida y el psicologismo, es decir, la intensidad substituye durante la edad media, al equilibrio de Apolo. ¿Vuelta al clasicismo? El Renacimiento con Miguel Angel, nos prueba la imposibilidad del salto atrás. A pesar de inspirarse en los clásicos rompe el equilibrio; y el *mundo interior* atormenta escorzos en sus figuras incendiadas. La pintura, fenómeno de creación intelectual, fué desnaturalizada por Ticiano, quien quiso esculpir con los pinceles. Es muy lógico que siguiendo por este camino, su propio espíritu traicionara a los pintores y cayeran en el retrato, pequeña ventana por donde el psicologismo se colaba en la pintura. Leonardo vuelve a tomar el camino *interior* de los primitivos y góticos y durante varios siglos la pintura, se pierde en ejercicios técnicos y en desesperadas impotencias hasta que asistimos al despertar del expresionismo y posteriores escuelas, que dejan presentir por fin, la madurez de un arte.

Se confunde clasicismo con realismo. ¿Copiar la realidad! ¿Es posible acaso? ¿Y el sujeto que copia? La única posición legítimamente filosófica que sobrevive a través de los sistemas es el subjetivismo. El arte es la superación de la realidad. La misma naturaleza cambiando constantemente y evolucionando hacia nuevas formas, contradice con su idealismo creacionista, a los hijos espúreos de la Kodak de bolsillo. Decir arte *realista* es tan absurdo como decir *realidad* artificial. Querer copiar la *realidad*, es declararse fuera del arte. Aquél

que sólo ve *lo que existe*, es un buen artesano, pero no un artista. Monet copiaba la realidad *que él veía*. Es necesario recordar que los griegos buscaban arquetipos. Fueron más conscientemente idealistas que nosotros y su posición estética era la misma que proclaman las actuales escuelas revolucionarias.

Aunque mi tema es literario, he tomado a propósito como ejemplo, la pintura, ya que acaba de presenciar Buenos Aires una intensa batalla alrededor de Pettoruti. Todas las artes tienen secretos comunes. Y lo que sostengo respecto al creacionismo pictórico, lo repito con sólo cambiar nombres, hablando de literatura. El proceso es idéntico. De Platón a Schopenhauer, de Esquilo a Pirandello y Proust, vemos agigantarse el mundo interior y alcanzar una intensidad de lenguaje que llega a la creación por la síntesis. Aquí nos encontramos en el cruce peligroso de los ismos, reacción contra el exceso de palabras que distendían la emoción estética en hombres empujados por el siglo XIX. Por un lado la forma y por otro la técnica y la velocidad, habían secado un poco la fuente de los grandes transportes, que corrió sin freno por el romanticismo, fué canalizada por parnasianos y simbolistas y aprovechada en la intimidad de los invernaderos decadentes. Esto como actitud esencial. Pero luego la guerra, provoca las locuras vertiginosas del horror de pensar. Y los escritores se lanzan a un virtuosismo peligroso en el que ahogaban su tragedia y el incierto mañana. He señalado con precisión estos dos aspectos por que son fundamentales para la comprensión y justeza de juicios posteriores. Los que sólo han visto el virtuosismo se quedan en la superficie del fenómeno.

Hay por debajo de la pirueta un alma que busca la pirueta. Casi todos los *istas* de 1914 a 1922, son escritores de transición y sus obras están un poquito como acorazadas y armadas para el combate. Y el hecho de combatir limita la personalidad. Hay que dirigir todos los sentidos hacia un fin concreto y exclusivo. En un Apollinaire, un Jacob, un Walden, un Gómez de la Serna, se nota el ahorro de fuerzas, el olvido de sí mismos, una actitud demasiado auténticamente heroica.

Qué artista fantástico, nos resulta Jules Laforgue, cuando lo vemos tan natural y tan gentleman, adelantándose *sin combatir*, cincuenta años a su época. Nosotros tenemos también nuestro gentleman. Hace quince años, cuando padecíamos Vargas Vila, y Rubén montó su exposición intersecular, Ricardo Güiraldes se daba la fiesta de su alma, naturalmente, sin combatir. Nadie ha dicho esto con suficiente claridad: antes que Larbaud, Fargue, y todos los modernos franceses, Güiraldes había encontrado nuestro lenguaje.

He limitado en 1922 este movimiento de combate, porque es aproximadamente en esa época cuando surge una generación que habla espontáneamente *en difícil*. Y de toda esa generación ningún caso más ilustrativo que el de Nora Lange. Estos jóvenes que expresan sus almas con la técnica *construida* por los *atletas* sobre el campo de batalla, nos prueban el doble aspecto que remarqué en el arte nuevo. Por debajo de la pirueta, había un alma que buscaba la pirueta. Y esa alma nueva que ya ha bailado sobre la cuerda floja, con la agilidad adquirida, vuelve al mundo y se hace andariega pero salva con mayor agilidad y en menos tiempo los acantilados y los valles. Quién no se conoce en Nora Lange una hija de las Walquirias, nacida en plena batalla, bajo el fulgor de los cortantes *ismos*. Pero qué gracia en sus gestos y en su andar, despojada de cascos y corazas, corriendo naturalmente por el bosque llena de sobresaltos y de misterios, pero sin enemigos y sin pasado. «*La calle de la tarde*» puede servir de punto de referencia para situar entre nosotros las estéticas últimas.

Casi simultáneo con *Prismas*, cierra claramente la total perspectiva. González Lanuza llegó voluntariamente, por *convicción*, al arte nuevo. Por eso sus versos son demasiado auténticos; proclaman con brutal insistencia su *afiliación* a la escuela. Y entre gentes honradas no es de buen gusto acumular demasiadas pruebas de inocencia. Nos resulta tal vez más papista que el Papa. Hay demasiado fragor técnico, sin que haya suficiente eficacia ni postura de combatiente.

Nora Lange se olvida de la *técnica*, porque en ella es natural y así se lanza a los grandes espacios del alma, como una moderna diána

a la caza de metáforas. Y estamos en el corazón de la poesía. Adjetivar es provocar movimiento. El sustantivo es el ser, lo estático. Y el arte nuevo se caracteriza por su afán de convertir en adjetivos el mayor número posible de *nombres*. La sintaxis tiene que simplificarse considerablemente y por lo tanto intensificar la oración. Nora Lange lo consigue en forma maravillosa. Su calle de la tarde populosa de ausencias, se deja transitar por una flauta ciega, en cuyas cuatro notas caben todas las manos cortadas del crepúsculo.

Es tan niña todavía que tan sólo podemos darle un consejo: Nada de timidez; gritar a pulmón pleno todo lo que se tiene que decir. Ya pasó la guerra. Hemos tirado el uniforme y no nos *debemos* a ninguna disciplina. Volvemos a ser *personalidades* y no *instituciones*. Cantemos naturalmente, que aún cuando nos propusiéramos no podríamos repetir las literaturas consumadas.

¿Vuelta al clasicismo? Ningún libro más natural y menos *ísta* que este bello cofre de intimismo, de matiz y de amor que comenta «De Francesca a Beatrice».

Victoria Ocampo es una escritora por naturaleza, que nunca ha oficiado en el coro de las escuelas. Demasiado dueña de sus propios secretos tendría que ser sacerdotisa por derecho de sangre. Y qué encantadora postura de humildad la suya. Con qué gesto tan femenino abre la puerta segura de la eterna desesperanza: «quiero comenzar estas líneas con un *domine non sum dignus* que me absuelva a sus ojos y a los míos». Hace mucho tiempo que no se escribe un libro tan vivo, tan palpitante y pleno de intensidad como éste. Se interna con tanta audacia y lucidez en las grandes rutas del alma, que da la impresión de no haber conocido la inexperta transición de las rutas que parten. De golpe, sin adioses ni avizoramientos, nos encontramos en alta mar. «Cada vez que un ser esquiva una de las grandes leyes misteriosas que rigen el universo, este ser entra en un callejón sin salida». Sabor dantesco. Ya no es posible volver a la tierra. Estamos en plena tragedia. ¿Pero es que niega la libertad? La tragedia es despreciar la pequeña libertad que se logra dentro de ciertos límites humanos y ambicionar sin

alcanzarla la libertad absoluta. Su propia debilidad, desencadena la fatalidad en contra de Prometeo. Este acorde fundamental llena como un golpe de viento todo el libro. Ella va «parloteando por el camino, ese camino que de tantos y tan diversos modos he recorrido y amado». Y aquí está la clave de tanta natural sabiduría. La divina comedia, cierra todo el círculo del amor. Dante desarrolla en ella a través de sí mismo, toda la potencia amorosa del hombre. Emerson decía que sólo podemos leer, aquello que somos capaces de escribir. Nuestra penetración con el poema estará regida por nuestra experiencia amorosa. Y sólo podrá comprenderlo íntegro, aquél que haya agotado todo el amor. «Amor mi mosse che mi fa parlare». Como único prefacio, Victoria Ocampo, desnuda su corazón bajo el oscuro pórtico. ¡Cuánto debe haber amado, quien ha podido descubrir el sentido trágico de Paolo y Francesca! «Son los viajeros errabundos de su amor; no residen en su amor». Su carne que parece unirlos, los separa con su tempestad de contactos, «pues para poder gustar de una cosa, hay que hacer el silencio en torno suyo, hay que morar en ella». Con esta brújula delicada su viaje ascendente, es una generosidad de sutiles revelaciones. Qué claramente comprendemos, el paso transido del amor humano al amor divino. Visto en esta forma el poema cambia de plano. En el cantar de los cantares el símbolo es la mujer; la esencialidad es el templo. Igual se había descubierto en La Divina Comedia. Victoria Ocampo transmuta la perspectiva del poema. Siguiendo su libro se percibe claramente que todo lo ornamental y religioso es en él un símbolo y que las tres gigantescas metáforas expresan la esencialidad anecdótica del amor de un hombre.

Para aquellos que conocen a Victoria Ocampo, hay una dimensión más en la perspectiva emocional del libro. Si Dante recoge en su alma toda la experiencia del ser a través del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso, es solamente para dotar a Beatriz por transfusión imaginativa con toda la sabiduría y el ritmo. Y aquí veo claramente qué lejos de Grecia nos encontramos. ¿Por qué no le bastó a Dante con la belleza formal de Beatriz? Necesitó infundirle un mundo interior pro-

porcionalmente bello y rítmico. Y la profundidad acumula misterio, cuando vemos reunidos en un ser de carne y hueso la belleza formal de Beatriz con la sabiduría de amor del arquetipo. ¿No alcanzamos la cuarta dimensión, viendo cinco siglos después, aclarado el Poema, en un ser que podría encarnar a aquella que dijo: «Abre los ojos y mírame; qué cosas has visto que te hacen capaz de sostener el resplandor de mi sonrisa»?

Este libro dulcemente atormentado, que en tan pocas páginas sintetiza tantos problemas y caminos del hombre, lujoso de matices y complicado de certidumbres, nos enseña a ser modernos, sin retóricas ni fuegos de artificio. Su estilo sobrio y ágil como conviene al tan accidentado viaje, es un alegato, junto con el libro de Nora Lange, en favor de la espontaneidad y del libre juego del temperamento. Estas dos mujeres, tan azoradamente niña la una, tan sabiamente femenina la otra, marcan con un gesto inconsciente de vestales, la hora más clara de nuestra evolución espiritual.

· BRANDÁN CARAFFA.

Recuerdo del amigo extinto

De «Baladas y otros ejercicios líricos», inédito, para PROA.

A NOCHE ví Calle Corrientes
Y a fe mía que no era aquella
Vivida en tus días sonrientes
Sin soñar en irte a tu estrella.

Se me antojó llepa de gentes
Con un cretinismo sin mella,
De mulatos y de dementes:
Calle Corrientes no era ella.

Sentí tu ausencia. Miré mustia
Tu faz, rotas las cristalinas
Paradojas que eran tus fiestas.

Y lanzaban gritos de angustia
Como siniestras ocarinas
Los serruchos de las orquestas...

—EVAR MENDEZ.



JULES SUPERVIELLE

FOR D. SALGUERO DELLA HANTY.

El hombre de la Pampa

(FRAGMENTO)

GUANAMIRÚ bajó del tren en la estación de Palito, la más cercana de la estancia de San Jacinto.

Antes de ir a su casa, el viajero visitaba siempre al comisario que vivía frente a la estación.

Más moreno y húmedo que un terrón de tierra después de una tormenta, éste se encargaba, mediante la donación discreta de algunos bueyes cenizos, de prevenir al estanciero del casamiento de sus antiguas queridas y de señalar al marido el peligro que corría en molestar a un hombre que poseía más toros puros que lo que se necesitaba para preñar sesenta mil vacas.

Un escritorio rojo y azur como un vientre recién abierto servía de marco a sus visitas. Conversaba del estado del ganado y de las pistas y se despedía difícilmente al cabo de una media hora de viscosas cortesías.

Sin embargo, el capataz de Guanamirú, Innumerable (llamado así porque había nacido el día de los innumerables mártires de Zaragoza) lo esperaba en la puerta de la Comisaría, teniendo en la mano las riendas de dos caballos que vuelta a vuelta, según la estación, se cubrían de barro o tierra.

La preocupación de trabajos muy diferentes (como la castración de toros viejos y la reparación de la lámpara del rancho) requerían a un tiempo su atención, Innumerable, conciencizado al extremo, se había vuelto bizco, cosa que no disgustaba a su patrón; pues sabía el origen de esta tara y veía en ella la prueba de una fidelidad salvaje.

El siguiente día Domingo de Carnaval, vió a Guanamirú a caballo, desde que el alba hubo mostrado la punta de su oreja diáfana. Iba a revisar sus vacas y bebía con delicia el aire fresco de la mañana en su misma fuente campera.

Su mirada se fijaba en la ancha bombacha descolorida y mal remendada de su capataz que lo acompañaba siempre en sus recorridas. Si, era uno de sus treinta hijos, y quizá su preferido.

La sangre guanamiriana corría incógnita en sus muslos flacos y su corazón ciertamente cansado por el abuso del mate. A veces el estanciero tenía ganas de reconocer su hijo precipitadamente detrás de un tunal, sin bajar del caballo siquiera. Pero se lo impedía su concepto distributivo de la justicia, que no hubiera admitido ese gesto, sino seguido de veintinueve otros de la misma naturaleza. Y esto era pedirle demasiado.

Una parcela de horizonte se destacó confusamente para mezclarse a un poco de tierra y acercarse sobre cuatro patas. Le nacieron cuernos y esto se repitió en mil lugares de la llanura. Se venían las bestias de todos pelajes, lentamente, arrastradas por el peso lógico de sus cabezas. Vacas huesudas, echadas, se levantaban, desplazando sus ángulos, y se mezclaban en obstinado perfil al movimiento de las compañías bovinas en marcha. Terneros aislados husmeaban en todo sentido el aire maternal y recuperaban al fin tetas agitadas como campanas, a grandes distancias.

Al empuje del brusco galope de su caballo, un gaucho se lanzaba de espalda para volver de frente en una violenta polvareda obcecada de getas y soplidos.

Guanamirú soñaba:

«Hermanos, hermanas, primos, primas, tíos, sobrinas, todas estas bestias sin distinción de pelo, ni edad, ni sexo, sin el menor protocolo, terneros de tres meses pasando a veces delante de toros viejos al fin impotentes, todos estos bovinos, en cabeza entre sus cuernos, esconden cuidadosamente sus tripas en sus vientres circunspec-

tos y simulan ignorar, como sus padres lo hicieron ya, que su carne es buena para tornarse un día carne de carnicería».

Todos esos hocicos lustrosos, esos cogotes hamacados, esas patas movidas, esos mugidos parecían obedecer a una fuerza mecánica disimulada bajo tierra y que drenaba el ganado de la llanura con la ayuda de seis gauchos harapientos, ásperos y derechos sobre sus recados.

El estanciero se sorprendió calculando las posibilidades de novillos comprendidos en los huecos de los diversos grupos en marcha; esas bestias, que no conocían ni su nombre, pensaba, le pertenecían enteramente desde el extremo pelo de sus colas hasta la más alta nota de sus mugidos.

Si lo deseaba podía someterlas a la acción de todos los climas, los polares del frigorífico, los ecuatoriales de las cocinas. Para persuadirse y dar a su sentimiento el apoyo de un gesto, se acercó a una vaquillona negra y le golpeó los flancos con sus puños engalanados de rubíes crueles.

Por la tarde, el estanciero decidió acompañar en su jira al capataz que desde quince años atrás el Domingo de Carnaval, después de haberse volcado un frasco de agua de rosa en la cabeza, iba disfrazado a todos los ranchos del dominio.

En el fondo del galpón encontró a Innumerable que se excusó de su vestimenta. ¿No llevaba él un bonete de papel verde hasta la extrema punta, que le venía de su novia, una bata de su madre, de percal blanco con pintas negras y por sobre sus botas cuyo dibujo se transparentaba, medias granate derivadas de su hermana?

Después de algunos segundos de penoso titubear, ofreció a su patrón una de sus caretas que tenía en las manos:

«Si el patrón gusta, es la más linda de las dos», dijo con humildad. Era una cara roja, horrible y negra agravada de comas, un infierno de catecismo. Guanamirú se apresuró en atársela. Ya sonreía buenamente tras el cartón. Tenía así la ilusión de remediar la mala impresión que iba a producir en esa gente su geta de paso, o se enorgullecía de sonreír, al abrigo mismo de todo espejo, para él solo, para

su interior o, más secretamente todavía por la idea que de él quería dar?

Helos aquí a caballo. Los peones acurrucados a la sombra chirle del rancho se miran ávidamente. Tanta curiosidad hace trastabillar el aplomo de Guanamirú. Estimando que un patrón debe dar el ejemplo de seriedad hasta en carnaval, ata la máscara al recado y decide preceder a su capataz en los ranchos donde lo esperaría entre sus arrenderos.

A cinco leguas a la redonda cada uno sabía cuál sería el traje de Innumerable ese día, y que recibiría su visita.

De lejos los perros lo apercibían y se agotaban en protestas calumniosas.

—¡Juera Cimarrón! ¡Juera Canela!, gritaba el gaucho, su mujer, sus hijas, o a veces todos a la vez.

Que fuera el rancho N° 1 del segundo lote, o el 3° del 4° aún en el de la prenda—una mestiza de ojos azules venida de Inglaterra a este desierto lejano?—el diálogo no variaba.

—¿Quién será el de esa careta tan bien puestita? ¿No será Don Innumerable?

—Ah! vaya a saber, vaya a saber, decía Innumerable con rústicas coqueterías.

—Y yo, yo creo que es él. ¿Cómo le va?

—De paseo como vé.

—¡Muchachos! aten pronto el caballo. Y Vd. Don Innumerable, pase pués, venga al fresco.

—Como guste.

Se entraba en un rancho de negrura subterránea, bajo el humo tenaz de los churrascos. Se sentaban alrededor de la mesa, con cuidado, como para toda la vida.

—¿Gusta un amargo? E iba alguno a buscar la pava en el fuego.

La pava, negra sobre fondo negro, curada por entero hasta la punta del pico, condenada a quemarse sin tregua, mostraba sin vergüenza su vientre costroso de varias capas de sebo superpuestas. Y

sin embargo el agua límpida salía de allí, al primer llamado del gaucho, el agua obediente y radiante como una novia. Mezclada al mate daba una sensación de bienestar hasta en vuestros antepasados acostados en la muerte.

Hacía un calor sin salida. El sudor chorreaba por las mejillas. A veces se veía una de las niñas desaparecer para volver instantes después, remendada con una capa espesa de blanco. Silencios apoyados agrietaban las paredes, intentando alcanzar el infinito silencio de afuera.

—Vine a embromar estas mozas, decía de tiempo en tiempo Innumerable.

—Como el año pasado, ¿se acuerda?

Se reían un poco. Se callaban con voracidad. Todo este mutismo quedaba apelmazado en el estómago. Para hacerlo pasar servían sin cesar mate hirviendo.

De vez en cuando se sonreían al través del bloque transparente del silencio. Se bebía un poco de chicha de maíz.

—¿No quiere sacarse la careta?

—No gracias. Todavía tengo que dir a embromar las muchachas del rancho vecino (el cual se encontraba a dos leguas de allí).

—Hasta el año que viene, si Dios quiere.

—Si Dios quiere.

Y el gaucho se iba en tarea de bromas, bajo el calor del día que lo esperaba a la salida, y de viva fuerza, lo envolvía en una camisa de fuego.

Guanamirú y su capataz erraban hasta la noche en la polvareda inflamada. Los caballos, con serpentinas en las crines y los pescuezos sudados, se asombraban de esta salida cuyo fin no comprendían y avanzaban abatidos, la oreja indiferente.

Toda la noche, en un mal sueño, el estanciero prolongó ese pobre Domingo. Se vió llegando a un pueblo en plana pampa y dirigiéndose hacia el Círculo del Comercio y de la Industria: un mal café. Un grupo de hombres montados en rápidos caballos jugaban sobre un

billar, en que las bolas tardaban ocho días para alcanzarse. Tenían que hacer hasta cincuenta leguas. A veces los jugadores debían pararse para hacer beber sus caballos. Se servía caña a los espectadores de esta asombrosa partida. Colchones de colores nacionales estaban dispuestos en el suelo para la noche.

Este extraño lugar, Guanamirú lo dejaba, para encontrarse siempre en sueño en un rancho de gran lujo, donde las bestias del llano, los bovinos como los equinos y ovinos, todos embarrados y cascarrientos, pero siempre cuidadosamente enmascarados venían a visitarlo jurándole fidelidad. Habiéndose entregado a grotescos saludos, penetraban en lo de Guanamirú que los esperaba con toda clase de refrescos y un discursito visible, en la punta de la lengua. No consentían escucharlo; rehusaban sacarse sus caretas y beber «de miedo de ensuciarse», decían.

Al siguiente día, Guanamirú, a quien Innumerable cebaba mate a las cinco en su cama, gritó muy fuerte para ser oído de las más alejadas regiones de su alma:-

«Ah! voy a dejarme enterrar vivo? Estos desiertos salvajes hasta en mi mismo sueño me tienen maniatado. Y tengo que tragarme desde la mañana este brebaje de gaucha, tan amargo, y que tomo sin azúcar para mostrar que soy bien de mi tierra. ¿Y por qué a medio día y por la noche no me sirven más que carne de vaca?»

Sin embargo ¿qué es del caviar de Rusia, el corazón de palmito de Chile y el maíz dulce de Deseada? A mí ¿qué me importa de todo este Carnaval a ras de tierra, en un país llano? ¿Y este ganado que aguarda sin esperanza las vacaciones? ¿Y estos gauchos que salen a caballo, hasta en sueño, y hasta para ir de una pieza a la otra del rancho, o para subir al cielo después de su muerte? ¡Estas largas llanuras no me son indispensables sino cuando estoy a 300 kilómetros!

He pasado la edad en que los crepúsculos balantes llenaban el alma de sus temblores elegíacos y en la cual uno reconoce todos sus bastardos por medio de un gesto circular.

Es tiempo de volver a la Capital donde ya me esperan en el andén de la estación amigos desconocidos, reloj en mano.

JULES SUPERVIELLE.

(trad. A. del Carril).

LA LIEBRE

CUANDO huye, el miedo le va arrojando petardos; mira para los costados para ver donde caen, con su torpeza embiste a los postes, porque tiene el talento en las patas.

En su escondite hace vida de conejo, y sabe distinguir el ruido del viento y las pisadas del hombre.

Otra de las torpezas es ir a esconderse donde menos se piensa. Pero la torpeza mayor, la imperdonable torpeza, es la que comete al huirle al cazador, en vez de arremeterlo, porque así, nadie iría a cazar liebres. La rebeldía, por derecho humano, es la manera más noble de ganar la libertad.

La liebre, en cualquier parte que esté, está en terreno ajeno; es la esclava del miedo.

LA JIRAFa

EN cualquier parte que esté, está en una montaña. Sería el animal más veloz de la tierra, a no haber matado sus fibras ese reflejo de misticismo que ostenta en su retiro; imaginémosla en un hipódromo ganando siempre por una cabeza, con sus patas veloces y su cuello largo, que es por donde acorta la distancia. La jirafa es la última creación que dió la naturaleza, por lo estilizada y de estética más refinada. Para un decorativo la prefiero más que al Pavo Real, porque es más gigantesca; eleva y ensancha la visión.

Como práctica. ¡Ya lo creo que sería práctica! Tendría sus profe-

siones, como ser: para podar los árboles, ordenar el tráfico, vigilar los barrios suburbanos con un farolito en la cabeza, para pasar un plumero a las estatuas de la Ciudad y a los letreros de los nombres de las calles, y para ver quien viene... en fin; hasta para hacer cálculos de multitudes. A la Jirafa aun no la han descubierto los yanquis; el día que esto suceda, la utilizarán hasta para vender chokolatines en los paseos públicos; luego vendrá la explotación profesional y pondrán a la jirafa para fiscalizar la leche de las amas de cría, y más luego, la esclavitud profesional; le pondrán un sueldo, un horario y una ley de jubilación con el entierro pago en caso de inmortalidad.

SOLEK DARÁS.



Las vírgenes de madera

(DE UN LIBRO EN PREPARACIÓN)

El hogar de Tristán era citado como ejemplo laudable de piedad. Todos ponían allí un respetuoso temor en el cumplimiento de los ritos sagrados. La madre egresara del colegio de Nuestra Señora del Huerto para casarse. El padre se había criado en el convento de dominicos de la ciudad de Santiago; entre novenas y sermones su espíritu se había nutrido de una fe humilde y trágica. La abuela materna de Tristán, el día del Señor de los Milagros, colocaba en media calle una mesa adornada con flores en una especie de sitial, para que el Señor Crucificado descansara durante la procesión. Eusebia, criada de la abuela y que había perdido sus padres en tiempos del cólera, efectuaba en los días de Navidad una reconstrucción del portal de Belén con «barba del monte» recogida afanosamente en los cerros. Al aproximarse la festividad de San Roque, se rezaba fervorosamente su novenario en familia. San José era el patrono del hogar. En la habitación que servía de comedor un gran cuadro con marco de cedro representaba al padre de Jesús en actitud de bendecir con la diestra mientras su siniestra sostenía una vara de nardo florecida.

Pero todo este sentimiento religioso se sintetizaba en Virginia que iniciara a Tristán en los rudimentos de la hagiografía. Virginia era epiléptica, tenía el rostro deformado por los golpes y caídas durante las convulsiones del mal. Vestía frecuentemente el hábito de la Purísima de un celeste descolorido y se levantaba con el alba para asistir a la primera misa. Las paredes de su habitación estaban tapiadas de cuadros con marco dorado en que figuraban los santos en

la actitud en que los hubiera definido el arte. Allí figuraban San Antonio predicando a los peces, Santa Cecilia tañendo el harpa, San Jerónimo con el león, San Francisco Solano tocando el violín, San Expedito vestido de legionario y pisando un cuervo, San Jorge a caballo, el Arcángel Gabriel venciendo al demonio. Tristán le escuchaba sin comprender, la narración de la vida de los santos enaltecida por sacrificios incomparables. En las noches tibias de primavera en que las estrellas palpitantes parecían huir del cielo profundo, sentados bajo una parra añosa y junto a los jazmines en flor, Virginia y Tristán conversaban sobre temas religiosos o ensayaban villancicos para la Navidad que se aproximaba. Entonaban los cantares con unción y, a la mitad del canto, las voces ahogábanse en la ternura. Iniciaban temerosamente:

En el portal de Belén
hay un arca chiquitita...

o bien

Se ha perdido el niño
Salieron por él
San José, la Virgen
Y Santa Isabel...

Cuando finalizaban un cantar la emoción que se apoderaba de ellos era tan profunda que se mantenían silenciosos escuchando el rumor de la noche. La luz de las constelaciones se perfumaba en los jazmines. Yo estaría cantando siempre. ¡Cómo parece que se fuera el alma en el canto! exclamó Virginia cierta vez. En muy raras ocasiones recurrían a temas profanos; y entonces, el relato de Genoveva de Brabante era el preferido. Las niñas del barrio concurrían, asimismo, a ensayar cánticos piadosos bajo la dirección de Virginia, quien a veces acallaba los coros para narrar algún pasaje de la vida de los santos. Pero el discípulo predilecto era Tristán para quien estaba

reservado el relato de los milagros más conmovedores. Virginia, a causa de su enfermedad, había abandonado los cursos de la escuela Normal. Los niños del barrio la amaban tiernamente. Su edad no llegaba aún a los veinte años. Gustaba de darles clase en el alto umbral de la puerta de calle; los chicos la rodeaban para escucharla acerca del catecismo, la historia, la aritmética. Pero su alma estaba poseída por un infinito temor a la muerte y al más allá. Acudía a la iglesia en los momentos en que la encontraría desierta; para ello buscaba las albas y los atardeceres. Arrodillábase ante la Virgen del Carmen y rezaba con un fervor incontenible. A veces, cuando la epilepsia la atacaba durante la mística delectación, la encontraban sin sentido, en el suelo, frente al altar. Un día que pidiera al almacenero un donativo para la capilla de Santa Rosa, éste le dijo: no creo en los milagros de las vírgenes de madera. Esta blasfemia contra la religión produjo tanta pena que ayunó varios días para salvar a aquel pecador de las garras del demonio.

Eusebia era más reconcentrada. Tenía una infinita confianza en Dios todopoderoso; pero no olvidaba de sacrificar para que los designios del cielo le fueran favorables. Anualmente efectuaba un viaje a Santiago del Estero para visitar la iglesia de San Francisco Solano, en la que dejaba el pequeño donativo que le permitían sus recursos. Su razón de existir se resumía en este viaje periódico. Durante todo el año pensaba en la peregrinación y ahorrraba hasta el último centavo para tal objeto. Poseía una panacea que renovaba en cada viaje consistente en astillas de un tirante de quebracho que resultando corto para el techo de la iglesia era tradición que San Francisco lo alargó bendiciéndolo. Con la infusión de tales astillas se remediaba cualquier mal físico. De cuando en cuando la visitaba una especie de bruja, Doña Encarnación, una vieja jorobada y hajita, de tez bronceada, de facciones rudas, que vestía polleras de colores agrios. Ella le proveía de alpamato que aumentara el sabor del mate. Cuando Encarnación visitaba la casa, mantenía con Eusebia y Virginia largas conversaciones de carácter religioso. Sentábanse en sillas de cuero, alrede-

dor de un brasero en que hervía una pava; y mientras una liaba cigarrillos de chala y la otra tejía, la tercera cebaba el mate. Tarea ardua hubiera sido el calcularles la edad. Las facciones afeadas por el sufrimiento y la miseria, el color terroso de los palúdicos, el pelo retorcido en forma de cimba, los pómulos salientes, dábanles un marcado parecido sintetizado por una mirada triste y profunda.

Un domingo por la mañana, Eusebia volvió de misa con el rostro arañado, desgñados los cabellos y la manta rota. Cuando le preguntaran quién la había zamarreado de tal manera, dió suelta a un llanto espasmódico. Más tarde contó lo que había sucedido. Por ese entonces iniciábanse en Tucumán los preparativos para efectuar con todo paramento, la coronación de la Virgen de las Mercedes, generala del Ejército Libertador. A nadie se le ocurriera dudar de la autenticidad de la reliquia que el cura párroco guardaba en el camarín de la Catedral. Pero, sucedió lo imprevisto. La señora de Ibazeta, esposa del farmacéutico del mismo nombre y nieta de un guerrero de la independencia, anunció por los diarios que ella poseía la verdadera imagen a quien Belgrano regalara su bastón; cosa que, según ella, estaba en condiciones de probar por documentos fidedignos. El cura párroco salió en defensa de su virgen; y el pleito adquirió intenso interés. Pero lo que infundía el caos en la conciencia de los fieles era que la documentación de ambas partes presentaba iguales visos de legitimidad. El asunto parecía no tener solución y los ánimos estaban exaltados. El tema originaba en los atrios discusiones acaloradas entre los creyentes. En la que interviniera Eusebia los hechos no estuvieron regidos por el pacífico precepto cristiano de ofrecer la otra mejilla, sino que más bien pareciera un combate entre infieles.

Isidro, en medio de sus tinieblas espirituales, consideraba la religión como un espectáculo. Menos inculto y su oscura fe se hubiera transformado en sensibilidad. Era amante de las ceremonias fastuosas de la liturgia que se efectuaban en las grandes festividades. La semana santa en ese sentido, era la síntesis teatral del cristianismo. La tragedia del hijo del hombre que expiró entre ladrones, después de

haber sufrido toda clase de vejámenes, exaltaba el temor religioso de Isidro. Pero, el sensualismo que ponía para las creencias no se satisfacía plenamente en la situación de espectador. Con cierto temor confesó a Tristán sus deseos de ser sacerdote; pero su condición humilde le impedía cultivar una ilusión. Quería ser intérprete de Dios; sentíase capaz de expresar las más sutiles variaciones de la fe. Largo tiempo vivió inquietado por la busca de algo que apaciguara este deseo. La solución llegó por el camino más corto. Iba a contentarse con remedar el divino sacrificio de la misa. Con una bolsa de lona hizo un sobrepelliz ni liviano ni suave; con dos cartones largos sujetos entre sí por hilos, fabricó una casulla. La estola era una lonja de cuero. Isidro efectuaba esta parodia con trágica seriedad, en las horas de la siesta en que la gente de la casa se acostaba a dormir. Tristán le servía de monaguillo. Un trozo de quebracho constituía el libro sagrado. Un cajón de pino formaba el altar. Ponía tanto fervor en sus oraciones, tanta nobleza en sus actitudes, que, sugestionaba el espíritu del pequeño Tristán quien se creía trasladado en ese instante a la física tranquilidad de una iglesia. Con el afán de hacer progresar el elemento decorativo de su representación religiosa, Isidro llevó más allá su sacrilegio: robó una casulla legítima de la sacristía de San Francisco. Con íntima satisfacción comunicó el hecho a Tristán, quien sintió un vago temor de complicidad. Estos actos sacrílegos de Isidro, Tristán y los concurrentes hubieran quedado en completa impunidad a no ser la protesta airada de una vieja vecina que los sorprendiera en el momento de la bendición. El padre de nuestro héroe, llevado por una ira santa, les impuso un severo castigo que sólo tuvo por resultado exacerbar la pasión religiosa de los culpables. Sintiendo dignos de las palmas del martirio, buscaron, como los primeros cristianos, lugares escondidos para officiar. Había en la vecindad una casa vieja que estaba abandonada desde mucho tiempo atrás; las paredes de los fondos se habían derrumbado por efecto de las lluvias, de tal manera que podían entrar cómodamente en la casa sin ser vistos. Allí, a la manera de los católicos de las catacumbas, efectuaban

los ritos sagrados. Las ceremonias adquirieron una gran amplitud; habían sermones, misas cantadas, te-déum, etc. Hasta que una tarde los sorprendió un policiano; dándose todos a la fuga incluso Isidro que corría revestido para el ceremonial. El transcurso de los años en vez de apaciguar en Isidro la morbosa manía de remedar las ceremonias religiosas, le llevó, muy al contrario, a cometer actos de tal gravedad que conmovieron la opinión de toda la República y exasperaron la indignación de la grey católica. Hombre ya y viviendo en las sierras, adoptó como vestimenta cotidiana el hábito de San Francisco y sentía gran satisfacción en que lo tomaran por sacerdote. Hasta que una vez se estableció en una estancia cercana al Rosario de la Frontera, donde, con permiso del propietario, instituyó unas misiones catequistas. Allí hizo el sacerdote de veras. Bautizó, confesó, dió comunión; dijo misas, sermones, novenas y casó. Pero, un día, se insinuó en el estanciero una inquietante desconfianza respecto de la legitimidad de los hábitos que Isidro vestía, al verle titubear antes de ir a un rancho vecino del que vinieran a llamarlo para que diera la extramaunción a un moribundo. El estanciero de acuerdo con el comisario, resolvió el asunto en forma radical tomando preso a Isidro que sin ninguna atribución administraba los sacramentos en nombre de Dios. El falso sacerdote fué enviado a la ciudad de Salta para que se le juzgara como reo de un delito común, el de ejercer indebidamente una profesión. El obispo de la diócesis de Tucumán, espíritu sutil y bondadoso, intercedió en favor del enjuiciado, aduciendo que ningún código podía castigarlo por actos que no iban en contra del derecho de gentes. Había que considerar decía el Obispo en el sesudo memorial que de su puño y letra enviara al señor Gobernador, había que considerar, decía, que el acusado no ha cometido un delito contra los hombres sino contra Dios y que no ha obtenido provecho personal de ninguna especie; y, añadía muy elocuentemente, Su Señoría Ilustrísima que ello no había causado ningún daño material y que aquellas personas a quienes Isidro Tolaba había administrado los sacramentos, lo hicieron guiados por la fe que el mismo enjuiciado desper-

tara. El señor Obispo se extendía en consideraciones muy atinadas respecto de la importancia del sacerdocio; pero aceptaba, al mismo tiempo, que los sacramentos valían por sí mismos no por quien los administrara, citando en ese sentido, casos concluyentes de muy buenos cristianos que necesitado los auxilios de la religión habían acudido a seglares para que hicieran de ministro de Dios. Y si bien reprochaba vivamente la actitud de Isidro no podía considerar como nulo lo que este hombre había hecho en nombre de la Divina Providencia.

Tales eran los espíritus apasionados y temerosos en medio de los cuales creciera el débil Tristán. El contemplaba esas desmedidas muestras de fe sin comprender la esencia de ese temor voluptuoso que en las almas incultas produce la religión. Los padres le enseñaban los preceptos de creencia; pero, más pudieron en su conciencia las explicaciones alegóricas y tumultuosas de Isidro y Virginia. Para éstos, que no conocían las Decretales ni habían leído los sermones de Bossuet, la religión era un gran poema alegórico que se prestaba a las más fantásticas interpretaciones. Ellos eran los descendientes directos de los primeros católicos que comprendían el mundo por medio de lo misterioso, y de aquellos humildes pescadores que seguían a Jesús y que con su resistencia pasiva destruyeron los cimientos del Imperio Romano. Más tarde, cuando Tristán cursara el Nacional, su razonamiento, basado en el agnosticismo, se rebelaría contra las interpretaciones de la religión.

PABLO ROJAS PAZ.

La criolledad en Ipuche

LA órbita del arte gauchesco ha sido siempre ribereña del Plata y el río innominado es como un armonioso corazón en la interioridad de su cuerpo y sus estrofas clásicas, que nada saben del chañar y el mistol, son decidoras del ombú y la flechilla. Ya en el siglo pasado la pampa dijo su primitiva gesta pastoril en el poema de Ascasubi, su burlería conversada en el Fausto y la previsión de un morir en las andanzas del Martín Fierro. Hoy las cuchillas del Uruguay son canoras. En este lado la única poesía de cuya hondura surge toda la pampa igual que una marea, es la regida por Ricardo Güiraldes. En la otra banda están Silva Valdés y Pedro Leandro Ipuche.

Los versos de Fernán Silva Valdés son posteriores en el tiempo a los compuestos por Ipuche y encarnan asimismo una etapa ulterior de la conciencia criolla. La criolledad en Silva Valdés, está inmovilizada ya en símbolos y su lenguaje, demasiado consciente de su individuación, no sufre voces forasteras. En Ipuche el criollismo es una cosa viva que se entrelaza con las otras. La palabra gauchesca en su dicción, es una virtud más y los sujetos que maneja no son forzosamente patrios. Más aún: entre los motivos camperos suele conceder preeminencia a los que la leyenda no ha prestigiado. Su mayor decoro es el ritmo; su destreza en arrear fuertes rebaños de versos trashumantes, su inevitable rectitud de río bravo que fluye pecho adentro, enorgulleciéndonos. Las otras eficacias que hay en su dicción varonil — adjetivación pensativa, justedad trópica, gracia de narrador — pasan atropelladas y huidizas a flor de la preclara impetuosidad de su verbo. Esta omnipotencia del ritmo es

índice veraz de la nervosa entraña popular de su canto. No de otra suerte la lírica andaluza, tan callada de imágenes, se ostenta generosa en configuraciones estróficas y ha pluralizado su voz en la soleá y en la soleariya y en la alegría y en la cuarteta y en la seguidilla gitana.

Hay en Ipuche un sentido pánico de la selva, *Tierra Honda* se intitula su mejor libro y el epíteto es decidor de un sentirse arraigado y amarrado a la tierra vivaz, de un echar dulces y anhelantes raíces en la tierra nativa. Yo adjetivé una vez *honda ciudad*, pensando en esas calles largas que rebasan el horizonte y por las cuales el suburbio va empobreciéndose y desgarrándose tarde afuera; pero la palabra en boca de Ipuche, equivale a muy otra cosa, y habla de un sentimiento casi físico de la tierra que es grave bajo las errantes pisadas y en que está verbeando un vivir atareado y primordial. Esa conciencia de entrevero gozoso, afirma su más explícita realización en los Poemas de la Luz Negra y me recuerda siempre el verso de Lucrecio, donde la imagen de conjuntas ramadas esfuerza la otra imagen de los cuerpos que anudó la salacidad:

Tunc Venus in sylvis iungebat corpora amantum

Ipuche no es un ateísta, si bien en los Poemas de la Luz Negra ensancha la presencia operativa que, al decir de los teólogos, le conviene a Dios en el mundo, en presencia esencial y se avecina al panteísmo. Su figuración de Dios, como luz, está en los maniqueos que también disolvieron la divinidad en almáciga de almas y apodaban lúcidas naves a la luna y al sol.

Ipuche es un notable gustador de la dialogación y señaladamente de la emulación amistosa y del compañerismo y del conjunto acuerdo en que se ayudan individualidades sueltas. Escasas son las composiciones suyas que mi corazón no ha sentido. Mi gratitud quiere hoy puntualizar la singular beneficencia que hube de las poesías *El Corderito Serrano*, *Mi Vejez*, *La Clisis*, *El Caballo*, *Correría de la Bandera* y *Los*

Carreros. Su verso es de total hombría, sabe de Dios y de los hombres y se ha mirado en los festivos rostros de la humana amistad y en la gran luna de la cavilación solitaria.

Una confesión última. He declarado el don de júbilo con que algunas estrofas de *Tierra Honda* endiosaron mi pecho. Quiero asimismo confesar un bochorno. Rezando sus palabras, me ha estremecido largamente la añoranza del campo donde la criolledad se refleja en cada yuyito y he padecido la vergüenza de mi borrosa urbanidad en que la fibrazón nativa es ¡apenas! una tristeza noble ante el reproche de las querenciosas guitarras o ante esa urgente y sutil flecha que nos destinan los zaguanes antiguos en cuya hondura es límpido el patio como una firme rosa.

JORGE LUIS BORGES.



El guitarrero correntino

(Para el criollo francés Jules Supervielle, gran poeta).

I

Mi padre tenía
Una pulpería
Con un enrejado sobre el mostrador.
El paisanaje festivo venía
A jugar al truco o a oír un cantor.

Un día
Llegó un correntino, hondo de color,
Con una dulzura sombría;
Con un botánico temblor.
Saludó con palabra mojada,
Y como apagada,
Y se acodó en el mostrador.
Pidió una copa chica de caña brasilera,
Y con una tristeza artera
Se puso a mirar al pulsador,
Que en la guitarra entera
Cruzaba los dedos, pálido de amor.

—Yo también toco un poquito, —
Dijo con una voz de hombría humilde.
Despacito.

Y le pasaron la guitarra
Con ansiedad cordial y misteriosa.
Su mano idílica la agarra
Y el encordado
— Sortilegiado —
Roza.

Y empezaron los trémolos profundos
De los *estilos* viejos;
Y siguieron rasgueos y tonadas,
Y flequeríos vivos de entre los pulpejos.
Y *sambas* y *gatos* violentos,
Y *cielitos* esbeltos y *pericones*,
Y *medias cañas* y *milongas*,
Y *cuecas* y *malambos* cimarrones,
Y el *minuté montonero* de las revoluciones.

Y una dolida *vidalita*
Ahondada hasta la muerte y el gemido;
Y una ondulación inaudita
De indígena sonido,
Fresca de un aire nuevo y conocido.

De pronto, tira la guitarra al aire,
Con brujesco donaire,
Y le viene a la punta de los dedos
Con las cuerdas corridas de latidos.

Y así, como en un rito de acrobacia melódica,
Graniza una pieza episódica;
Y le resbala la guitarra al brazo,
Como una compañera entregadiza,
Y con la punta de los dedos pisa
Un menudo compás de vidrio y raso.

Cosa del diablo o de afán milagroso:
La guitarra se entrega a aquella mano
Como un cuerpo de amor, de hondura y gozo,
Transido de relámpagos arcanos.

Todos lo ven y lo oyen, sorprendidos;
Y poderosamente embebecidos
Los jugadores han parado el truco,
Con el codo en las puntas de la mesa.

Y el correntino taciturno,
Con su golilla negra y su barba de cruz,
Trasciende una fragancia de yerba misionera.

II

¡Con qué asombro infantil! ¡Con qué alegría
Yo lo oía y veía
Sentado en el umbral de aquella pulpería!

¡Ah, correntino,
Hondo y cetrino,
Tú fuiste como un día mágico en mi destino!
Tú pasabas de Corrientes,
La Provincia tenaz del artiguismo
Y del martirio federal;
Y traías un gran sonambulismo
De matrero de selva, de forma triste del desierto,
Con tu color de árbol y de pastizal.
Y allá, en lo más perdido
De mi espíritu oscuro y escondido,

Iniciabas mi vida tan pequeña
Con una música de agua y de leña
De pájaro y de fiera, y un encantado ruido
De la Naturaleza hecha sonido.

III

Y de aquello quedó un recuerdo extraño
Como de hermoso daño.
Nos quedó un cuento herido
De un venido y un desaparecido.

... Pues con intensa suavidad,
Paga su caña brasilera.
Con íntima afonía saluda.
(Afuera,
Monta su gateado con lenta agilidad).

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Agosto 27 de 1924.



VALÉRY LARBAUD

Por P. E. BECAT.

UN LIBRO

HUBO un tiempo en que conseguir un libro o un simple poema de los simbolistas en Buenos Aires constituía una verdadera hazaña. Sin embargo un puñado de lectores jóvenes alentados por lo que presentíamos y guiados por una porfía revolucionaria realizamos aquella incursión en tierra vedada. Por mi parte, antes de que se rieran de mi obra, me acostumbré a que se rieran de mis lecturas; excelente entrenamiento. Entretanto nuestra soledad nos dió la energía de un puño y nuestro entusiasmo se acreció de aquel aislamiento.

Los simbolistas fueron, pues, nuestros maestros.

Rimbaud era tan solo que su grandeza daba frío.

Mallarmé nos tiraba ideas madres a manos llenas.

Laforque nos parecía más que ninguno el que había vivido en estado de gracia poética.

Corbière era algo aparte: literatura antiliteraria exteriorización a puñetazos de una sensibilidad salvaje y llagada de dolores.

De Isidore Ducasse poseíamos un ejemplar que nos tirábamos unos a otros por la cabeza como un susto.

Es poleados por el culto de estos escritores, en quienes aprendimos individualismos y coraje ante los riesgos de bucear en lo más profundo del canto propio, nos abalanzamos hacia nuevos descubrimientos, trabajando y leyendo.

Claudel, Verhaeren; dos grandes figuras del neosimbolismo (digamos así por no decir de otro modo) no nos acapararon. Religión. Patria. Queríamos letras por sobre todo. El escritor debía mostrarnos que arte era la médula de su vida.

Seguimos unos años en estado de ignorancia respecto a lo nuevo. Después... Después la cosa siniestra. Todo era carne rota y la inquietud del momento nos mordía en los garrones para que **no** miráramos adelante. Nuestra espera ante la guerra era demasiado vasta para poderla combatir con autoconcentraciones.

En mil novecientos diecinueve, un amigo que volvía de Europa puso entre mis manos un grueso volumen de tapas claras con este extraño título: «A. O. Barnabooth. Ses Oeuvres Completes. C'est-a-dire: Un Conte, ses Poesies et son Journal Intime».

El cuento me convenció del extraordinario talento de Valerio Larbaud. Los versos me parecieron únicos desde Laforgue, del que encontraba un recuerdo por la intensidad sensitiva y la burla de sus excesos líricos aumentado de un robusto humor. El diario me introducía en las intimidades del más variadamente millonario de los hombres: Extraña feria de todas las grandezas y baratijas del sentir humano.

Aquello era la síntesis del hombre de nuestra época, con su ideología, su lirismo, su sensualidad, su ambiente...

Archie era nuestro Quijote.

La lanza de hoy es una bolsa de oro y la locura el ser poeta. Fañañas son el meterse con editores y arriesgadas aventuras eso de bucear en el alma de las mujeres.

El Quijote de entonces, hijo de andantes caballeros visionarios, vió Dulcineas en sus yeguarizas Maritornes. El de hoy, nutrido en Darwin, Lombroso y Marx, ve barbarismos en su vajidos líricos. Pobre heredero del siglo del cheque, de la tripa, del protoplasma, de la frenología y la igualdad, nuestros representante tiene menos ampulosos discursos sobre el amor, la nobleza y el encumbramiento que su antepasado; pero posee una inmaculada sed de vivir su oro, como los otros sus títulos labrados en sangre y una desesperada inquietud de urgarse lo más sensible del yo, para hacerlo llorar lo mejor de sí mismo.

Larbaud, procedía con su héroe como un combatiente que des-

coloca a su contrario a fin de llevarlo donde más le convenga. Barnabooth, hijo de yanquis, es nacido en Arequipa, criado en Rusia, educado en los pensamientos de cinco lenguas diferentes y lector de todas las literaturas. Dar a un individuo tan contradictorios capitales de raza, patria, cultura y educación moral es privarlo de situación definida y abrirlo a la comprensión que no entorpecerá ningún grillo.

Los límites geográficos no serán lazos en su camino.

En Europa encontrará franceses, alemanes, ingleses, romanos, españoles de quienes sucesivamente se sentirá compatriota.

¿Arequipa? Apenas un recuerdo de ayas, de luz clara y cielos translúcidos. Europa en cambio:

«Je vous retrouve dans votre lit parfumé, mes amours».

Sus gruesos soles de millonario guanero, desfondan la elegancia de sus trajes de Poole, dándoles el desgarbo de una chaqueta estudiantil, relajada de abrigar en sus bolsillos cerebrales la jactanciosa enfermedad de mil tratados filosóficos.

Barnabooth que no es privativamente ni rico, ni poeta, ni malo, ni bueno, ni espiritual, ni materialista, es *hombre*.

Veamos cómo llega al continente de su predilección:

«El poeta está de pie junto a su compañera
Extendida en un diván, bajo pieles, a proa,
«Un ángel, una Española» que por momentos
Pensando en él, le dice a media voz
«Mein Liebling».

Y nuevamente el ruido indiferente de la onda
¿Qué? ¡un relámpago!
Pero no: es imposible; hace buen tiempo...
Y siempre el viento y el ruido de las olas sin fin...
¡Otro más! ¡Allá mira!
Siempre en aquel mismo rincón del cielo.
Algo que pasa como una guadaña entre espigas.
Mira, otra vez;

No dura más de un segundo. Diríase

Algo que jira.

¡Allí: pasa!...

He visto jirar el fuego; el faro, como un demente

Revuelve su cabeza llamadora en la noche, derviche gigante,

Y, en su vértigo de luz,

Alumbra la ruta en el campo, el cerco en flor, la cabaña

Y el ciclista en retardo, y el carruaje del médico sobre la
|pradera,

Y los abismos desiertos donde rumbean los paquetes.

He visto jirar el fuego, y me callo.

Mañana temprano, la gente del salón, subiendo al puente

Donde el viento hincará sus mejillas y sus ojos fríos,

Gritará: «Tierra»

Y se extasiarán en sus golillas.

¡Europa!

Goce del cuerpo, de la inteligencia, del sentimiento.

Mujeres, lujo, viajes. Trenes de riqueza en que duermen los millonarios y cantan las divas, mientras las ruedas van rodando una conocida fuga por campiñas labradas como a cincel, hacia ciudades de luz, que mellan los sentidos.

Puertos de aguas catalépticas rayadas por millares de arribos y zarpadas. Aldeas que se abren a la curiosidad del viajero como libros intactos que exhalan de sus colmenas de letras un zumo de vida pretérita. Ríos de lomos mansos que aguantan el transcurso de barcos agujereados de estrellas cuadradas como los tranvías. Pero sobretodo calles, teatros, y paseos urbanos de los cuales salta el erecto demonio del placer y en los cuales el «Richa Amateur» podrá encontrar desde el amor serio, predispuesto a las irremediables tragedias, hasta las ínfimas satisfacciones que proponen las chucherías de bazar. ¡Oh blancura fría de las pecheras, niveas praderas pectorales

aptas para ostentar el brote florecido de algún záfiro, pálido de orgullo, en la conciencia de su valor vasto como un mito.

Y las sedas en la piel. Y la mirada de las piedras preciosas que dicen en color sus sentimientos.

Y los mapas geográficos en relieve que son mundos-muñecas.

Y las ediciones de lujo para ser hojeadas, mejilla contra mejilla.

Y hasta las complicadas vidrieras ortopédicas que ofrecen miembros de repuesto, más lujosos que los de mísera carne dolorida.

«Mañana, todos los negocios estarán abiertos, oh mi alma...»

Pero Barnabooth no tiene límites como no los tiene su patria-mundo.

Sabe el libro y la vida y estudia tanto el ritmo como su compleja psicología. Dejémonos sin embargo conducir por la casualidad y cantemos nuestra misantropía, parece deceir su fatalismo lleno de dudas. Entretanto no queda sino rodar sobre los solares discos de oro, esperando eternamente cosas vagas.

Veinte idilios se escurren entre sus dedos y no es capaz de pertenecer al vicio. Su alma sentimental de tímido no es más fuerte que sus sentidos curiosos, ni éstos vencen su inteligencia que jadea hacia verdades consoladoras.

Barnabooth, complejo y simple, escapando a toda clasificación tan cara a los herboristas de la psicología, contiene a cuantos han vagado mundo con algo más que un cuerpo y resume una entidad moral nueva: Un Europeo.

Un tipo así no podía reducirse a una línea esquemática. Larbaud que ha tramado su sentir no lo aparta del juicio de los demás, que le construyen una segunda individualidad. Rey del oro y en pleno poder de invertir en vida su riqueza, su protagonista se transforma en la típica encarnación del poder moderno.

Los Reyes son ya pequeños personajes, sentados sobre pequeños tronos que, en plena degeneración, no alcanzan un radio de propie-

dad hipotecada. Dioses no quieren verse. En cambio es cada vez más poderoso Don Dinero.

Sin embargo en lugar de tomarse en serio como un Kaiser de poco calibre cerebral, sufre de este malentendido.

De ello se venga en sarcásticas bufonadas que no entienden aquellos a quienes veja. «A la santé de cette bonne poire de Barnabousse», piensan muchos como la pequeña camisera que ha salvado su virginidad, a pesar suyo en la aventura del cuento.

Barnalweth se encoge de hombros ante esta incompreensión, y parte en busca de nuevas excursiones sentimentales.

Los escritores europeos que conozco, han sido, cuando hablaron de un país que no era el propio, «el que no comprende». Transatlánticos y «wagons-lits», harán un día que esto no suceda más. Entonces recordaremos que Larbaud fué antes que ninguno, «el que comprende», «el que quiere», porque supo ser primero.

RICARDO GUIRALDES.

1919.

El estudiante que murió de rabia...

(He recibido del hermano de un colega que se suicidó, estas páginas. Están sucias. Arrugadas. Casi he tenido que adivinar lo que decían. El papel en que están escritas «fué robado» en un servicio de Hospital. Es de recetario. El malogrado compañero dice por ahí: «Robé este papel para escupir mi rabia y dormir esta noche». Yo publico esto con vergüenza. Es mi deseo se avergüencen también, si aún se acuerdan de eso, los cientos de colegas, doctores y maestros que vivieron su vida sin saber lo que es una lágrima, ni un fracaso por miseria de dinero, y que ni siquiera pensaron una vez, que llegan a las universidades muchos muchachos que estudian con hambre o que duermen en la calle. Esos muchachos que no tienen protección del Estado, ni de los «compañeros», no «triunfan» ¡claro! y concluyen sus días en un lecho de hospital o «con una bala en el corazón...» Después, el talento se les llena de gusanos...)

Y bueno, quién los mete a soñar con civilizarse para vivir una vida mejor, si son unos hambrientos.

No hay derecho... Ni siquiera merecen se les ayude, por haberse propuesto ser hombres útiles y algo más, en vez de asesinos o tenebrosos.

Estas páginas no tenían título. Yo he pensado que quien las escribió, se «murió de rabia»...

¡Pobre hermano! ¡No haberte conocido para invitarte a que nos hiciéramos asaltantes!

EL TESORO DE LOS MISERABLES.

A NOCHE tuve cama prestada...
¿Dónde dormiré esta noche? Las plazas tienen guardianes que me echarán, como tantas veces... ¿Las estaciones? Aun recuerdo lo que me gritó un ordenanza de ferrocarril, de esos encargados de barrer o limpiar las salivaderas.

—¡Atorrante! ¡Afuera! Aquí no se viene a dormir... Aquí entra la gente decente. También, ¡mi ocurrencia! ¡Había entrado a la sala de espera de primera clase!...

Estoy cansado, a pesar de que ayer dormí en colchón. ¡Es que hoy he pensado tanto! Me preocupa ésto: ¿dónde dormiré? Son ya las últimas horas de la tarde.

¿Iré al hospital donde presto servicios gratuitos y tengo compañeros de estudio?

Si les digo que no tengo donde dormir, se burlarán de mí. Y no podré contenerme. Les rasgaré el rostro de un hachazo. No se ríe nadie de mi miseria. Si fuera como tantos colegas tan ricos como mansos, tendría pan, techo y oro.

¡No tengo casa! Es verdad. Pero tengo mi hambre y mi libertad. ¡Son también tesoros!... ¡Además, la calle es mía!

Hoy...

... Como otros días no puedo comer. Bueno, qué me importa. He vagado horas inmensamente largas por esas calles de Dios... Ya empieza a cortar la carne el frío. ¡Suerte que aún tengo mi sobretodo... ¡Querido: no me abandones, ahora que viene el viejo invierno!... En

los bolsillos me restan algunas monedas. ¿Alcanzarán para café con leche? ¡Qué asco le estoy tomando a eso!... Sin embargo...

Busco un *bodegón* donde no sirvan comida a esta hora que la gente almuerza. Me da rabia o tristeza; me mordería la lengua y lloraría, cuando veo a otros frente a un plato de caldo o un succulento asado.

¡Esta carne mía maldita, que no la puedo acostumbrar a no comer!... Lo encontré, al fin. Es muy inmundo el bodegón. Me han servido un café con leche que me ha parecido tan exquisito! El reloj de este rincón donde estamos varios de los que tenemos la felicidad de alimentarnos con «un completo», el reloj de aquí, digo, marca las doce y media... Han entrado parroquianos que hablan a gritos y escupen por donde pasan. Se han sentado... —A ver, mozo: Pan, unos huevos fritos, queso, vino!... ¡Rápido, que a la una el capataz nos espera! — han dicho.

Yô siento olor a otra comida mejor que la mía. Y desaparezco. Ya en la calle, me doy cuenta que no he pagado. ¿Me volveré?... Eso está mal. No pagar lo que se come...

Pero, he pensado. Dios, si existiera, me perdonaría... Es tan doloroso desprenderse de las últimas moneditas...

II

SALE EL SOL.

Ayer encontré un gran amigo. Casi lloró el muy tonto, lo que me vió tan arruinado.

Yo me reí... Yo me reí, pero empecé a secarme los ojos porque lloraba de risa...

Este pobre buen amigo, me ha prometido ayudarme. Pero qué, si él apenas puede con su humanidad.

¡Es un día de sol tan lindo! ¡Cómo salen las hembras ricas en sus

autos, cubiertas con pieles! Van a «asolearse» a Palermo. Llevan los perros, los niñitos pálidos y las mucamas. ¡Cómo envidio la suerte de algunos perros! (¡No! no! no!) Este sol me ha hecho bien. Estoy contento. ¿Sabes? — he dicho a mi amigo — hoy me escribió. ¡Qué buena! Mira. Lee!

Si ella supiera ¿eh? Mejor que no lo sepa ¿Has visto? No soy tan desgraciado. Ella me acompaña siempre. Y cuando estoy más desesperado, parece que Dios o el diablo la ilumina. Y me escribe llenándome el alma de esperanzas y de ilusiones. ¡Pobre pajarito del campo! Ella tiene el alma tan cristalina siempre... Es que la tiene llena de sol.

También me escribió mi madre. ¡Santa viejita mía! ¿Has visto? ¿Por qué me besaste tanto cuando era chiquito? Todos tus mimos los estoy pagando caros. Eh!, qué quieres, viejita. La vida es así... No llores... ¡Si a mí no me ocurre nada!...

CÓMO SE HACE UN DIARIO GRANDE.

Mi amigo me ha dicho: —En el diario... (no lo nombro de lástima), ganarás unos pesos. Yo voy con desconfianza. Nunca he trabajado en diarios, pero tengo la intuición de que... Estoy en el diario. El director es un gran hombre. Veo que me comprende. Dicen que él también ha sufrido y sufre mucho. El administrador es un italiano que me ha impresionado mal.

He publicado muchas notas y artículos que me valen aplausos y felicitaciones. Yo, ¡qué ingenuo! me creo hombre feliz. He vuelto al Hospital después de faltar casi quince días! ¡Qué linda me parece la sala del Hospital!

En el diario me felicitan... *pero no me pagan*. Somos docenas de muchachos que sostenemos el diario y lo estamos consagrando en el público. Se venden muchos millares. Pero el administrador dice que *no hay plata*... Nosotros sufrimos. Y dormimos sobre los diarios del

depósito y comemos... cuando nos toca... No nos damos cuenta de esta tragedia. Escribimos más cada día. El director nos alienta y nos promete pagarnos. Él sufre con nosotros.

—¡Esto pasará, muchachos! ¡Tengan paciencia! — nos ruega.

—Ayer tuvo un gesto el director. De administración le mandaron liquidado un vale por cien pesos. Nos llamó a algunos de los muchachos. Nos dió diez pesos a cada uno y al final del reparto nos dijo:—**Me quedo sin nada. Présténme entre todos diez pesos. No les será gravoso a un peso cada uno...** Le prestamos al hermano Director... Nosotros nos hemos sentido millonarios. ¡Qué lindo saldrá el diario mañana!...

¡A TRABAJAR, MUCHACHOS!...

.....

Hace dos meses que trabajamos. Nos han pagado unos... quince o diez y seis pesos... Y bueno: ¡peor es nada!...

El administrador — el hombre que me repugna — dijo ayer: «Los periodistas son como las sirvientas. Hay que tenerlos siempre con hambre para que no se vayan»... Le he tomado una rabia bárbara al administrador! Si fuera más fuerte, le daría una trompada... Pero él, es gordo, alto, come y bebe bien todos los días...

HONESTIDAD Y PERIODISMO.

Tengo que irme del diario. Hoy me ha llamado el Director para decirme que debo alabar a un señor que ayer *partió* con un sueldo lleno de verdad... Yo me he sentido ofendido por tamaña pretensión. ¡Yo venderme! No! Me abochornaría de ser tan miserable. Hasta ahora me habían respetado. Escribía sin que me mandaran. No había alquilado mi pluma... aunque pareciera.

—¡Me voy! — le he dicho al bueno del Director. — Él me ha explicado y me ha vuelto a explicar.

—En periodismo no se puede *ser tan honesto*, amiguito — me ha dicho. — Y yo le he respondido:

—Así que... hay que ser deshonesto, no queda otro camino. Y entonces, el periodismo es una porquería...

Me encuentro otra vez en la calle. Ya no me asusta el hambre.

III

OPTIMISMO.

En el cuarto de un compañero, estamos estudiando mucho. Yo no pierdo la esperanza nunca y sigo luchando, le he dicho al compañero ayer, después de leer con él varias horas. (¡Le he mentido! ¡Estoy hartito!) ¡Qué linda tarde pasé! La madre de mi amigo es una señora que tiene la creencia de que yo, como su hijo, soy un «bebé», que no me faltan mimos y cuidados. Me ha mirado con lástima cuando le he dicho: —Estoy solo en Buenos Aires. Mis padres y mis hermanitos me creen muy feliz. Y son muy buenos, pero no pueden protegerme. Mi compañerita, también. Está lejos. Me cuida desde allá. ¡Y es tan buena! Aun no se ha cansado de mí. Y me espera.

LA DECENCIA, LOS FILÓSOFOS, MI LOCURA.

Ayer me detuve en una vidriera de sastrería. Había trajes limpios. Sí. Yo sólo comprendo de dos clases de trajes: los limpios y... los otros. El mío está entre estos últimos, sin duda alguna. A veces, cometo la tontería de ponerme triste por lo que me veo tan «mal trajeado». Es tan grande la voluptuosidad del traje nuevo! Además, ser joven y tener los botines rotos, el sombrero grasiento...

Bah! Pero lo externo no debe preocuparnos, dicen los filósofos... A un traje de mendigo puede corresponder un cuerpo sano y un alma de millonario... Eso sí, yo he observado que casi todos los filósofos «de profesión», andan lujosamente vestidos y escriben sus «filosoficulas» entre almohadones, estufas o cigarros puros. ¡Cuán lejos, pues, de estos plebeyos bancos de plaza!...

Oh! pero es natural, un filósofo es un hombre decente, con casa, mujer y servidumbre. Me parece, sin embargo, que he hecho una afirmación temeraria. ¿Los filósofos, hombres decentes? Estoy perdiendo el concepto de algunos vocablos. Y lo que es peor, me estoy poniendo al margen de la decencia. Debe ser porque sólo oigo una palabra que me han repetido hasta hartarme, desde que me hice vagabundo:

—Atorrante!... Atorrante!... Atorrante!...

.....

Estoy en un parque. Me apoyé en un tronco de árbol. Me puse a reír como un alienado. Yo tenía algo dentro el pecho que llegaba a la garganta buscando salir precipitadamente. Debe haber sido risa lo que tenía ahogándome por brotar. Y reí a carcajadas varios minutos mientras me miraba roto y mugriento.

Un hombre, que se me ocurrió un filósofo — quizá porque lo vi bien vestido y por lo que me dijo después,—me tocó con el bastón, como a los perros que molestan al pasar y me habló así, mientras sonreía:

—Oye muchacho, te compro tu alegría...

(Al tutearme ese desconocido, me pareció una ofensa. ¿Si será porque me ven sucio, melenudo y flaco, que así me tratan?)

Y yo le miré; me puse serio. Y con cara de idiota le respondí:

—Te la cambio por tu filosofía...

El hombre me ha invitado después, a pasar por su consultorio. Es un médico, quizá alienista. Yo le prometí ir.

Me volví a reír desesperadamente... ¡Qué alegría, me estoy por enloquecer, seguramente! ¿Has visto? Yo te lo decía, cabeza mía:

—¡Si así sigues, vas a reventar!

COMO AQUEL HOMBRE.

¡Esta noche hace tanto frío!...

He pensado en los que tienen menos ropa y abrigos que yo. Y he visto que soy todavía muy dichoso.

Iba a tomar un poco de leche caliente con estos centavos que tengo para tranvía. Pero dos chiquilines pálidos y tristes, con las manecitas en los bolsillos, sin gorra y descalzos, se me han puesto en el paso.

¡Me han mirado con unos ojos!

—Y bueno; ya les comprendo lo que quieren, hermanitos — les he dicho, mientras les invito a pasar primero. Los chicos no me responden. Al sentirse acariciados por el ambiente tibio del local, se han sonreído satisfechos.

Nos hemos sentado los tres.

Yo he pedido un vaso grande de leche bien caliente y dos panes.

Traen *el manjar*.

Los chicos no hacen más que mirarme como asustados... No se animan a tocar ellos nada. ¡Y cómo piden pan y leche los ojos hambrientos de mis hermanitos!

Yo les digo entonces, como con temor de ofenderles:

—Como no tengo dinero para pagar más que esto, yo les ruego me den dos tragos de leche y un pan. Después, el resto del vaso y el otro pan, para ustedes. Como hermanitos que somos, repartámonos.

—Sí, sí — ha balbuceado el mayorcito. — Y así lo hacemos. Mientras los chicos beben el gran vaso de leche caliente y muerden como rabiosamente el pan, yo les sonrío y les converso como a hermanos o como a hijitos... (¿Por qué no puedo yo ser padre de esos muchachos que no los tienen?)

¿Mi pan? ¡Ay, qué rico está mi pan!

¡Lo estoy tragando y me está haciendo gran bien!...

Y mi pobre cuerpo me ha parecido soberbiamente grande y bello porque aún guarda, ¡muy bien guardadito! mi corazón...

Ya no tenemos tanto frío...

Los chicos me han llenado el alma de alegría y de ternura al despedirse:

—Muchas gracias, hermano — me dijeron casi con unción. — ¡Hermano!...

La calle nos recibe otra vez.

Los chiquillos a los umbrales.

Yo, cruzo las callejas sombrías de los suburbios de mi ciudad. Camino solo. Voy como dormido.

Me olvido de todo. Me olvido hasta de mí.

Después, ha venido a protegerme, como una bendición, el recuerdo de un Hombre, que una vez, hace mil novecientos años, en una cena memorable repartió también su pan, habló de amor y dijo que todos éramos hermanos.

Y he creído que aún se oye el eco de la voz aquella del Hombre que así predicó.

UN «MAESTRO».

Me paso noches enteras sin dormir. ¡Qué manera de cerebrar! Mi cabeza se partirá, pienso a veces. Esta mañana fui al Hospital. Los muchachos me han dicho:

—¡Qué pálido estás! ¿Qué te pasa?. Y se han sonreído. Me han hecho mal, pero les he respondido perdonándoles:

—Estoy un poquito indispuesto.

He pensado presentarme al Director del Hospital esta mañana. Le diré la verdad. Toda la verdad. No sé qué clase de hombre es. Pero no puede tener el corazón de piedra. Entré a la sala del Director.

—Doctor: Yo necesito ayuda. Mi carrera la perderé por falta de trabajo y de dinero. Soy practicante honorario de la casa. Pero si usted quiere, en las horas de la tarde, yo haré servicio de peón o de ordenanza. La cosa es tener unos pesos seguros a fin de mes. No encuentro donde trabajar. No tengo oficio.

El director es un hombre frío. Me desconcierta. Cuando entré a su despacho, no me hizo sentar. Luego, mientras hablé, no me miró. Después, con una falta de piedad que jamás olvidaré en mi vida, respondió:

—Vea, como usted hay muchos. Deje la carrera. Váyase al campo un tiempo. Y disculpe, tengo que salir. Me voy a pasar unos días a la estancia... El auto me espera; tengo los minutos contados para tomar el tren.

Yo salí de la regia sala del *maestro*, a quien acerqué mi dolor. No sé qué horrible angustia me cerró la garganta! Tuve el propósito de esperarle al salir y romperle el rostro con el bisturí más sucio que encontrara.

Pero un torrente de lágrimas que me asaltaron en la salita donde dejaba el guardapolvo, me salvaron.

Y hubiera gritado:

—¡Mamita!... ¡Mamita!... ¡Ya no puedo más!... ¡Ya no puedo más!

Pero no podía gritar, las enfermeras me tomarían por loco. Ya me había mirado al entrar, descubriéndome en los ojos «mi locura».

He empezado a acariciar mi revólver. ¿Cobarde? ¿Valiente? ¿Cobarde?...

MAS DOLOR.

Allá por la calle Iturry, atrás del cementerio de «La Chacarita», hay un conventillo triste, frío, lleno de enfermos y criaturas granientas. En la pieza dos vive sus últimos instantes una tuberculosa. Una enorme caverna del pulmón izquierdo la consume. Ya la abandonó el médico hace seis meses. Y el marido, un obrero amigo, me pidió por sus hijitos, que la *mantuviese* viva unos meses más. Yo hablé con el médico que la atendía. Me dijo: —No hay nada que hacer. Pero si usted quiere, sígala manteniendo. Y así lo hice... Todos los días iba a decirle:

—¿Ha visto? Está mejorcita. Muy bueno el pulso. Le haremos esta inyección que la alimenta mucho. Esta noche antes de dormir, una

.....
cucharada de ese jarabe de morfina que el doctor indicó y que la tranquiliza tanto. Y mañana hay que tomar leche bastante, eh!...

Y así todos los días, a pesar de mis desesperaciones de cada jornada, me llegaba hasta aquel rincón de Buenos Aires con los labios llenos de sonrisas y con un optimismo enorme...

.....

Le hablé al dueño del conventillo para rogarle, dejara dormir a la madre de la enferma y las criaturas, en un galpón del fondo de la casa. Conseguí que la hiciera desinfectar y luego blanqueara la pieza de la enferma.

Les he regalado a las madres de los chicos granientos algo que me dió el farmacéutico del hospital, para que curen a esas criaturas. Les he enseñado a todos que es peligroso y contagioso lo que tiene mi enferma. Han aprendido a lavarse. Y ya no toman mate en rueda de familia junto a la cama de la tuberculosa.

Días pasados fui a las diez de la noche. ¡Qué barrios! ¡No veía por donde caminaba! Pero yo debía llegarme hasta ahí. ¡Pobre enfermita! Yo la engañaba. Y la vieja abuela, el marido y los chicos me agradecían tanto!

—————

Hoy fui otra vez. Ya no habla mi enferma. Las moscas la persiguen. La viejecita, al entrar, me ha dicho llorando:

—¡Está muy mal!... ¿Ha visto como se le *fegan las moscas*? Y eso que todo el día estoy espantándolas.

¡Es que toman olor a muerte las moscas!... — agregó.

¡Pobre viejecita! Yo ya no puedo engañarla. Pero insisto:

—Es que el corazón está fallando... Haremos un poquito de alcanforado... Pero no tema. Ya se aliviará mañana. ¡Cómo miento, señor Dios! ¡Cómo miento!...

He corrido a casa del médico que la abandonó a la enfermita hace casi doce meses.

—Doctor, se nos va la de la calle Iturry. El ya no recuerda. Pero

luego extendiéndome un certificado de defunción, me dice: —Todavía vive esa! Bueno, tome; utilícelo cuando sea necesario. La fecha se la pone usted. Y me da la mano mi amigo el doctor, como despidiéndome. Le esperan clientes que le pagarán.

Regreso a la casa de la enferma. Son las doce de la noche. La agonia atroz se prolonga. El aceite alcanforado no ha hecho nada. Todos ya han empezado a llorar mientras tocan a la enferma esperando encontrarla fría.

Me miran todos como suplicándome le haga vivir una hora más. Hay un silencio brutal, que los gallos al cantar lo hacen trágico. En las cercanías aullan los perros.

Los chiquitos duermen en el galpón del fondo. La viejecita, el marido y dos vecinas me dicen con los ojos:

—¡Se nos va! ¡Se nos va!

Yo lo veo. Pero no puedo decirles que tienen razón.

De pronto, un quejido. Una respiración distinta. Una mueca... Y todo ha terminado.

La vieja me ha abrazado y llora como lloran las madres. El marido, al fin hombre, me ha dicho:

—¡Pobrecita! Deja de sufrir.

La vieja me ha bendecido y me quiere besar... En su delirio y su dolor, no sabe cómo hablarme. Me retiro de los brazos de esa pobre mujer.

Yo comprendo que estoy demás. Le doy el certificado al marido, que felizmente no piensa fué extendido cuando aún vivía su mujer. Me agradece. Y me voy...

Al salir, he sentido que uno de los chiquitos en el galpón llora desesperadamente. Quizá se despertó asustado. El pobrecito, como todos los chiquillos al despertar, gritaba:

—Mamá! Mamá!... ¡Pendé la luz! Mamá! Mamá!...

LIBERACIÓN.

Ahora voy a una casa todas las noches. Son gente buena. Me dicen que vaya al almuerzo y la cena. Yo no acepto. No puedo. No voy. El pan de los otros ¡ay! me resulta amargo... Sin embargo, les agradezco de corazón a los que muchas veces me dieron de comer sin pagarme más que con ser honrado y darles muchas gracias. Ah! Pero tantas veces he «comido» y después me ha hecho peor que estar con hambre. Y eso que yo nunca «perdí la línea» y cuando me daban por ahí de comer, tragaba y tragaba, frío, crudo, lindo y feo. ¡Y gracias que me lo daban! Yo no podía ganarme nada mejor... Aprovechaba el tiempo estudiando, leyendo, pensando, escribiendo... No ha sido poca mi suerte, ya lo sé!...

Me siento enfermo. Muy enfermo. Esta vida interior me consume, me extenua. El corazón ya no puede contener tanta protesta e injusticia y dolor. Esta mañana en el Hospital casi me desmayé. Estoy débil. Una interna de la sala me dijo:

—¿Qué serio está usted! Y antes, que era todo alegría cuando llegaba aquí... ¿Qué le ocurre señor?

—Nada. Nada... Y me he sonreído no sé cómo.

Robé este papel — como otros — para escupir mi rabia y dormir esta noche. ¡Si pudiera dormir! ¡Dormir y dormir!...

La obceción me persigue.

—¿Cobarde? ¿Valiente? ¿Cobarde? ¿Valiente?

¡Sí, valiente! Los que me obligan a irme lleno de sombras y de pena, esos son cobardes.

Sigo peleando por tener derecho a vivir. Ya no sé llorar. Los machos no lloran. ¡Cómo me he hecho de malo! Siento asco por todo. Me repugna todo.

Ya no tengo palabras dulces para nadie. Soy un hombre como los demás. Ahora mis hermanos de la sociedad me recibirán y me ayudarán. Estoy brutal, egoísta, práctico, no pienso más que en mí. Voy a decir mi transformación a muchos.

.....

Bueno. Ahora que soy precisamente lo contrario de lo que quise, me abren los brazos los hombres. Yo los desprecio. Me dan náuseas. No quiero. Ya no soy más que una pobre bestia.

De Hombre, como yo soñé, no me queda nada. Por eso maldigo a este hombre-bestia, que hizo la vida y lo elimino!...

¿Cobarde? ; Bueno!

EDGARDO CASELLA.



EL NOSTÁLGICO

Hoy pienso: «Aquel amigo debió crearme tan bajo,
cuando se recordara de mí que en gesto vano,
lo saludé negando mi amor por el trabajo
cuando él, suave, decíame: Publica un verso, hermano!»

Sí, es verdad. Pero cómo del cisne no tener
la tonta somnolencia de gran pescuezo erguido,
erguido y retorcido, si aún vivo de mi ayer,
y de ese viaje a Europa (;tan bello y tan perdido!)

Cómo no hacer silencio después de mil derroches
y de verlos pasar (imágenes de sueños)
los viajes y más viajes y enloquecidas noches
que alejaron mundos que hoy vemos, recién, lueños!...

¡Imágenes! ¡Imágenes que aún mi mano recorre,
después que el generoso Amor que dió se ha ido!
Siento pitos de trenes, de pronto alguien que corre,
un beso y yo que parto... Yo! ¡que nunca he partido!

¡Porque yo no he sentido jamás el estar lejos!
Yo vivo con mil sueños que no logran trabajo!...

¡Cómo me habrá sentido aquel hombre de bajo
cuando me dió la mano tan llena de consejos!...

JOSE M.^a CESAR.



Norah Borges
Lameira 1929

ALDEANAS PORTUGUESAS

FOR NORAH BORGES.

Un arbitrario apunte sobre Alfonso Reyes

A cerca del escrito que a continuación publicamos, conviene repetir alguna de nuestras declaraciones. Unidos por la voluntad de centrar los esfuerzos de los jóvenes, nos proponemos abrir las páginas de PROA a todo aquel que nos parezca representar un valor (conservando el obligatorio derecho de equivocarnos alguna vez). Esta norma nos precisa, y la hacemos con todo gusto, a insertar escritos que, como el presente, contradicen nuestra opinión.

EL nombre de Alfonso Reyes acredita la tradición intelectual de la representación diplomática de Méjico. (Valle Inclán: Y decidí irme a México, porque México se escribe con X).

El autor de *El Cazador*, reemplaza a Enrique González Martínez, que pasó por Buenos Aires silenciosamente como los minutos de una siesta. (Era un tanto ripioso y largo; no hubo cordialidad, no hubo efusión en él, y consiguientemente no las hubo en los poetas argentinos).

Otro ministro mejicano, Amado Nervo, consiguió refulgente notoriedad, especialmente entre cándidos espíritus femeninos y afeminados. Las damas se desleían en dulzura y piedad — dulzura elegante y piedad sin sacrificio — mojadas por esa filosofía de hortera con novia y sueldo: «si la rosa te hieré ¿qué culpa tiene la rosa». Hizo estragos en los lectores no intelectuales esa poesía de buen párroco octogenario. Pero la juventud es acción, es rebeldía, es disconformidad, y la juventud argentina repudió a ese hombre sin acción, sin angustias trascendentales, sin inquietudes. (Síntoma halagador: tampoco amamos a Rodó; nos parece viejo, cansado, con su filosofía excesivamente contemplativa...)

Digamos la verdad: no era muy profundo Amado Nervo ¿No es cierto? Además, aquí, entre nosotros, teníamos algunos poetas que nos gustaban más. Cuando Alfonso Reyes nos conozca, cuando lea a Enrique

Banchs, a Fernández Moreno, a Allende Iragorri, comprenderá por qué no hemos podido amar ni a González Martínez ni a Amado Nervo. Eramos, somos, ya grandecitos.

Simpática ha de resultar la obra de Alfonso Reyes para los espíritus jóvenes, curiosos y disciplinados en los ejercicios intelectuales. Hay en la obra de Reyes inquietudes y motivos que son también nuestros. (Señor Reyes, «ahora que me acuerdo»; usted es gongorista; aquí quien ama a Góngora es el autor de «Intermedio Provinciano»).

Lo más principal, uno no sabe si es el estilo o aquella facilidad de captar el primordial matiz característico de un motivo, de un libro, de un autor. «Azorín, en lugar de tres, suele decir: uno -|- uno -|- uno». Acaso esta armonía tan elegante y fina entre la idea original, selecta y su traducción, su forma verbal, tan fácil, natural y limpia, produzca en el lector joven y disciplinado la impresión de un estilo novedoso. (Novedoso: mezcla, en Reyes, de un gusto rancio — palabras, giros, castizos — con el gusto por las últimas novedades...).

Es Alfonso Reyes, un hábil administrador de sus ideas y emociones. Es un prestidigitador. A veces, con una sola palabra — jugándola con gracia y arte — nos entretiene largos minutos. «Yo soy un *voluntario* de Madrid». He aquí que su emoción está traducida con una sola palabra voluntario. Sobre la palabra *caos*, y sobre la palabra *improvisación*, levantó sendas teorías. Y así numerosas veces.

Ni siquiera es ensayista Alfonso Reyes. Algo más sintético todavía que el ensayo: la notación, el apunte, simple, sin desviaciones, sin incidentales digresiones. Apunta aquello que no está en ninguna parte; ¡pues por eso, porque nadie lo tiene apuntado, lo apunta él! Al leerlo, estemos seguros de encontrar una interpretación suya, de él, nueva, desconocida, aun tratándose de escritores manoseados o de temas multiplicados.

Y dice con elegancia fácil, suelta; no es una elegancia que está de frac, sino más bien una elegancia de americana; «smart», que dicen los ingleses; «ángel», que dicen los españoles. A veces pierde la línea. A

veces se tuerce en amabilidades de vendedor de bombones: «Querido Azorín...» Aunque, ¿quién resiste a acaramelarse hablando con Azorín? A lo mejor, Reyes es más humorista de lo que parece... Pretende sonreír con sonrisa inteligente. Y se acostumbró a una cordialidad que ya es en él fisiológica. Uno preferiría más acritud en ciertos ataques; uno preferiría que la crueldad de la herida a Mariano de Cavia no estuviese acompañada de sonrisas y declaraciones afectuosas. No está bien herir con gracia, porque es añadir un comentario irónico al golpe material. «El hombre vulgar. Pi y Margall protesta, solitario, cuando la guerra de la Colonia, y Cavia sale a la calle con su banderita de zarzuela». Y al final: «Il périra, je crois, tout entier».

Para Reyes es interesante la vida y son interesantes los libros y los hombres y las acciones y las ideas. Consigue que sus impresiones de la vida de relación no se contaminen excesivamente de ideas librescas. De ahí esa frescura de agua de manantial, en sus libros. (Me imagino una muchacha fresca, limpia, descalza, que en un suntuoso y sensual cuarto de soltero rico, no pierde su ingenuidad campesina).

Le perdonamos a Reyes algunos entusiasmos baratos. (¡Decididamente, este Azorín nos revienta, y este Gómez de la Serna no acaba de hacérsenos simpático!...) Insinúa un reposo crítico inminente; acaso mañana mismo advierta, él, amante de los clásicos, que en lo clásico está lo eterno, y que las pirueterías ultraístas son grotescas...

«Yo no creo, necesariamente, que sean malos todos los cuadros de asunto, al contrario: en materia de pintura estoy por volver un poco a los asuntos. (Y acaso, acaso, amigos, en materia de poesías).

Señor Reyes: porque yo dije un día que Ramón Gómez de la Serna era un «mediocre brillante», de dijeron eso de «allá ése con su sensibilidad». Además, continuó creyendo que es un tanto vulgar este autor de cintas baratas. Usted, que cultiva una aristocracia sentimental e intelectual, ¿cómo pudo entusiasmarse con Ramón Gómez de la Serna? «El humorismo participa de la cachaza y del gusto por el confort, propios de los años obesos. El humorismo es sanguíneo, duerme la siesta,

anda todo el día en pijama y pantuflas». Eso, eso me trajo el recuerdo de los gruesos, pesados, sanguíneos libros de Ramón Gómez de la Serna, llenos de un humorismo de obeso cachazudo. «Su» Ramón, ¿no será una sofisticación?

Seguramente muchos franceses pensarán como H. Willette: «Quant aux images qu'emploie Ramón Gómez de la Serna, elles seront peut-être très goûtées des Espagnols mais ne s'accordent pas avec notre esprit français. Pour nous, elles sont rudes et vulgaires. Quelquefois l'on trouve un peu de finesse...»

Para los franceses, las imágenes de Ramón Gómez de la Serna son «crudas y vulgares». ¿Usted no cree que sea un poco vulgar «su» Ramón?

Acaso sea índice de la influencia de Alfonso Reyes en la juventud intelectual de Buenos Aires, este suceso: Ramón era uno de tantos, y muchos no le aceptábamos incondicionalmente, sino con las severas reservas de un defensivo espíritu crítico. Pero un buen día se publicó en Buenos Aires un artículo de Alfonso Reyes sobre el autor de «Senos». De entonces nos contamos con los dedos de la mano los que no sentimos delectación profunda por las greguerías. En cambio, desde entonces creció «obesamente» la sarta de imitadores. Y ahora, vamos a ver si, con la acusación de «vulgar» que viene de Francia, que de Francia viene, conseguimos que algunos escritores argentinos se desprendan de esa sugestión extranjera y vulgar. Saldrán ganando; después se desprenderán de otras influencias y se recuperarán a sí mismos.

Pero me he desviado de mi ruta.

Quería hacer el elogio de Alfonso Reyes.

ROBERTO MARIANI.

Septiembre 1924.

Raquel de España

A Paúl Minelli González.

UNOS en rústica, los otros en pasta o en cuero. Uno, dos, tres, libros... «El Embrujo de Sevilla», «La Catedral»... Carlos Reyles de corto... Don Ramón, Ramoncillo...

Miro en la fuente y veo a Raquel Meller. ¿Pero no es el cielo quien se mira en la fuente? ¡Ah, es que Raquel se ha mirado en el cielo!

RAQUEL...

.....

En el «Pombo» de la calle de las Carretas, el humo de los pitillos ha entablado tenaz lucha contra las lamparillas de la electricidad.

En un rincón, hay varios cuerpos que gesticulan y hablan: Ramón y sus satélites están en el rincón.

¿El ruido que producen los platillos y las tazas al chocarse, es una música futura, o es una música muerta?

El espejo de la pared, dice cosas del salón que los del salón no ven.

Entra ella repartiendo, por pocos céntimos, color y aroma. Entra con el aire de grotesca realenza de la hembra que se sabe parida en la Bombilla o en Lavapiés.

Estoy dentro una choza rodante. Una ventanilla regala un pedazo de paisaje, como en un cuadro.

La gitana me dice lo que ya sé. Antes que sus labios inicien movimiento, adivino las ideas en sus ojos. Me escudriña el porvenir: espíritu errante; amores que nacen muertos o enfermizos amores que mueren en seguida; veinte senderos que me invitan a andar y un pasado que me sujeta por el borde del saco.

—Despójate de él, y déjalo tirado en el camino hecho.

Y la gitana corre ágilmente, inquietamente su vista por las rutas de mi mano, como yo quisiera hacerlo por todas las rutas del mundo.

Y el paisaje, detenido en la ventanilla, espera el pincel de Zubiarre, para reproducirse.

Está ahí, tras la reja de blanca casita de calleja granadina, escuchando de su amante cálidas palabras, definitivas e indecisas a la vez.

Un gato es abstracto en la sombra. De pronto, musical, armonioso, razga el perfumado silencio con las tres notas clásicas de su violín templado.

El le jura un amor ardiente, quemante... Ella tiene una duda, una duda honda que pone negro-humo sobre la carbonilla de sus ojazos.

Una brisa leve acaricia las cosas de la calleja, y lleva en un ondas pensamientos; pensamientos buenos y pensamientos malos. En una maceta se besan dos claveles. Dos hierros son el marco de un beso.

Ella canta, porque él se lo pide. Dice algo muy triste... Es la triste historia de la granadina que dejó su amante. Lo hace con una voz venida de muy lejos... Su voz es el lamento de todos los muertos que fueron felices en la tierra.

El gato melodioso, en un rincón se fuma sus pupilas.

La granadina de la canción muere poco a poco por el hombre que la dió por muerta. La granadina de la ventana, pasa su diestra por entre los barrotes y substituye el clavel por la navaja.

Hay otro beso de la brisa y hay otro beso en dos bocas.

La granadina de la canción pronuncia por última vez el nombre del hombre que ella quiere.

El pulmón del amante, semeja de pronto un grifo entreabierto.
La canción termina con la vida de la mujer cantada.
Y queda el amante colgado de la reja, al hielo de la luna.

Amanece. Confundiendo su silencio con el silencio de la ciudad, despaciosamente se acerca a la Catedral, llevada por el amor a Dios y el amor a Luisillo. El amor a Dios, no. De Dios conoce solamente el nombre; nombre que pronuncia bajito, con sus labios rojos, del mordisco que ha poco le dió su hombre. Ella ama a Jesús, al Jesús de la cruz, al de las estampas. No sabe por qué, pero lo ama. Ama mucho a Luisillo, con toda ella, le ama mucho, muchísimo, pero sin saber por qué.

La Catedral de Toledo es un dedo sobre labios, frente a la plaza. La Catedral de Toledo es un reloj retrospectivo: marca el tiempo hacia atrás.

Llega al altar mayor y cae de rodillas.

En la Clavería rezan los seres que solamente trabajan, engendran y rezan.

Posa sus ojos en la imagen divina del altar mayor, sus ojos que son la copia exacta de los ojos de Dios.

Saturada por el perfume adormecedor de los siglos muertos, contempla la ciudad desde lo alto de la Giralda. Un cúmulos enorme de recuerdos le dobla las rodillas, le agacha la cabeza.

«Aquí oró Colón, allí murió Hernán Cortés, más allá está enterrado Guzmán el Bueno, en aquel sitio escribió Cervantes «El Quijote», en aquel otro habitó Santa Teresa. ¡Sevilla!... «Tierra alegre y tierra triste». Sultanes que sueñan con mujeres de un continen ignorado. Reyes que se estremecen al pensar en los tesoros que nuevas tierras podrá brindar a sus favoritas, conquistadores que matan con la mano en la cruz, majos que acompañan el sopapo con un beso, toreros que gozan al sentir los cuernos de la bestia rozarles la chaquetilla. Claveles, muchos claveles. Claveles que recuerdan bocas, bocas como claveles. «En Sevilla todo es así, todo habla al alma y a los sentidos, todo es hechizo.

sortilegio, encantamiento». La Plaza de Toros... la Plaza de Toros..., la Plaza de Toros... Patios de rojas baldosas, patios trágicos, lechos maravillosos para el amor y para la muerte... «Los vinos de oro convierten la pena en fiesta, el lloro en canto, el canto en lloro». Procesiones alucinantes en las que se mezcla el amor a Dios y el amor a un hombre, el más carnal de los amores divinos, el más divino de los amores carnales. Ciudad bruja y ciudad santa, ciudad alcazoide.

El Puente de Triana, Castilleja de la Cuesta, el Alcázar, la Catedral «levantada con el soberbio ánimo de que las edades futuras tuvieran por locos a los autores de tamaña empresa...»

Y de pronto, sintiéndose Sevilla, grita poseída de extremado, de infinito narcisismo, canta:

—¡Seviya, Seviya, Seviya!

.....

Raquel está sobre el tablado. Canta, mira. Mira...

Las páginas leídas encuentro en que encarnarlas.

¿Estoy contemplando, sintiendo a la síntesis de la literatura de allá?

No, aún más: estoy ante todos los motivos literarios de España, ante la fuente sonora y emotiva. Raquel es España.

AUGUSTO MARIO DELFINO.

CÓRDOBA

Córdoba la bella,
redonda de cúpulas
como una doncella!

Un cielo clarísimo
de agua y de raso.
Don principalísimo.

De alcurnia beata:
¡tan sólo a un Dios reza
con cara de plata!

Ciudad doctoral,
tiene tu español
tintín de cristal.

Córdoba: te irrita
el champagne... Prefieres
el agua bendita!

Córdoba, tan vieja
que aún guarda flores
detrás de la reja.

Y por las mañanas
perezosa sale
al son de campanas.

¡Oye una misa,
¡vuelve a los patios
doblada ¡sumisa.

Se oye un tren lejano...
Un tranvía eléctrico
chispea el aldeano

reposito. I la vieja
oye i mira esto
por entre la reja.

—Jesús, ay Jesús
¡qué tiempos vivimos!...
I signa la cruz.

Córdoba: alfajores
i yerbas que curan
todos los dolores!

Lucen tus paisajes
pátinas latinas
de los beguinajes.

Sierras i cortijos;
ásperas caleras
i los nuevos hijos

en burros begardos...
Azuzadle: vais
dos siglos de tardos!

Córdoba: ciudad
de cielo interior
¡baje a tu orfandad
la hostia del sol!

PEDRO JUAN VIGNALE.

Los Cocos.



MUSICOS

GRABADO EN MADERA DE NORRIS.

Homenaje a Jules Supervielle

EL nueve del corriente mes, en los salones del restaurant Martin, las revistas «Proa», «Martín Fierro» y «Noticias Literarias», ofrecieron al poeta Jules Supervielle una comida de despedida, después de su breve estadía en el país. Huelga hacer aquí el elogio de quien es considerado hoy en Francia como uno de los grandes poetas contemporáneos. Sin embargo, tanto por su nacimiento en el Uruguay, como por el asunto de sus versos y de su último libro en prosa «L'Homme de la Pampa», Supervielle es un escritor sudamericano. Si en su nacimiento Supervielle ha imitado el simpático e involuntario ejemplo de Jules Laforgue e Isidore Ducasse, no ha hecho lo mismo en cuanto al definitivo alejamiento y olvido de estas tierras. Sus motivos están siempre aquí, aunque los cuente siempre allá. Esto crea un guión más de simpatía entre dos países.

A los postres, a falta de discursos, Ricardo Güiraldes dirimió una pequeña cuestión personal con el obsequiado en los siguientes términos:

«Poeta Jules Supervielle:

Pasado mañana me iré...

Su partida, larga, habrá empujado la mía pequeña.

PREVEO:

El tren de que hemos hablado en nuestra primer mañana de amistad, con palabras-silfos-de-alegría, que rebotaban de fantasía so-

bre canteros chatos, dignos de ser colchones, en otra noche de posible luna. Una pereza de coyunturas favorece la palabra:

Otra vez el tren...

Otra vez PREVEO:

Entrar en el túnel del vagón que siempre sospecha el de la montaña. La llanura carece de esta enfermedad. Cuanto más ejecutaremos en la estación Cardales una penetración agachada en la noche, que nos quedará demasiado grande. ¡No perdamos el tiempo en contar las estrellas! Pero ¿por qué me he ido más adelante que ahora? El ahora que evoco está apenas en la iniciación del viaje.

En la mesa del vagón-comedor, que me sirve los amores de Rosaura, hay muchas revistas (las he puesto de mi bolsillo para hacerme creer que estaban) y adentro de las revistas mujercitas de papel en trajes desnudos. También hay versos que lloran o ríen a carcajadas en busca de una simpatía. También hay las cosas importantes que suceden.

La máquina sopla grandes malabarismos de algodón en que no se pueden contar las pelotas. Está muy cansada del camino que va a hacer. ¿Cuántos hipos solemnes necesita para apoderarse de su ritmo natural?

Ya el suburbio ha dejado de ensuciar la ventanilla con su teoría cubista. El campo está más tranquilo ante el porvenir.

La trepidación establece una unidad. Todas las cosas desde el miriñaque de la máquina hasta la cadena última del furgón (cola mal acabada) es una sola con nosotros de llapa. Una sola cosa que sabiendo ya a dónde va, gracias al riel, no tiene más que hacer fuerza.

El alambrado, a nuestra vera, hace sus palotes demasiado ligero.

Un campo de football, en que cuarenta y cuatro botines hinchados y granudos se ensañan con una pelota, inconciente, que se va a partir en cascos de naranja, no coincide con el cuadrado de la ventanilla. Buscar otro marco.

Desde las nalgas al cerebro, el tren ha sustituido nuestro ritmo por el suyo. Me gustaría hacer versos de un cuarto de sílaba, largos como una serpentina, y pegarlos a la cola del furgón para que nos explicaran todo e instruyeran de nuestro significado a la gente que no sabe nada en los andenes y que siempre pregunta tantas cosas desde la imbecilidad de sus ojos.

Ya somos el tren. Levanto el vidrio de la ventanilla para que mi cabeza vaya resbalando en el viento como un mundo que realiza espacio por el tacto. ¿No va tirado el tren por la voluntad de completar una órbita?

Podría hacerse un poema. ¿Qué es un poema? Me digo:

—Supervielle ya estará en su estancia. Que lejos puede estar la gente cercana.

Una vaca muy roja sobre el campo verde entra como una punta de color en mi pensamiento. Carbón en el ojo de mi inteligencia que me impide ver. Mi inteligencia se venga deformando los objetos. Una vaca es color, cuatro patas son velocidad, el paisaje que mi fantasía podría pintar sería una fabricación casera. Lo expondría para que me dijeran: ¡qué disparate!

Antes de ayer me han clasificado en un lote con Marinetti y Supervielle. Muy honrado salgo de la clasificación como de un baño en una tina llena de famas. Supervielle ha de trabajar en la estancia en lugar de vistar con los peones en la cocina de abajo y embostarse en el corral como yo. Pretensión imprescindible me resulta este paralelo, que aparte de la pretensión he sentido por afecto. Súpervielle no era físico para mí hace una semana. Ahora lo pienso físico y con un doble que es su verso en carne. La mujer es la rima de uno. Extraña rima de un grave con un agudo. Pareado; dístico; complemento suplementario al fin, y que tenemos que agradecer al destino tal vez más sabio que los rieles sin embargo tan seguros de su fin.

¡Zás! me he puesto un bonete de manteca en los dedos. Indignado con los codazos que me pega el movimiento saco el pegote amarillo, que asolea la tarde, con el lomo del cuchillo y lo tiro despreciati-

vamente de revés hacia el pastizal quemado que persigue de costado nuestra marcha.

—¡Pero Ricardo! Me reprocho. Siento por un momento que estoy en un palco del Colón y que mi mantecazo volando hasta la platea, se ha asentado en la punta de un bigote ensoberbecido por el cosmético. ¡Oh, consecuencias de la valentía en público, posibilidad de padrinos!

En el lugar de mi supuesto bigotudo hay un charquito con su correspondiente llamado de cielo.

Los versos de Supervielle navegan en una bruma de altura; se oyen, se oyen, después de dichos, porque quedan dentro de uno en planos de selección, en una suavidad de grandes gestos desagregados de lontananza, de nostalgia y de merecimientos. Se querría ser menos compacto para sufrirlos directamente con toda la abertura de nuestra sensibilidad. Dejarlos que nos embrumaran de su luz dormida a fuerza de extensión y quedarnos allí, en el país bien construido.

Ahora silencio. El amigo ya nos ha dado una razón de pensar belleza. Cuidemos nuestro estado. La tarde ayuda volcándose en sí misma hasta ser noche. Los mundos, de quienes él sabe hablar, llegan uno tras otro, al través del agua estriada del cielo, hasta nosotros los oscuros, los privados, los ávidos.

Aferrado al hilo de mi pensar, voy por el hilo del andar, mejorándome hasta que el encanto se corte en la arista de algún hecho».

Retribuyendo esta narración de hechos futuros, el señor Supervielle dijo los siguientes versos:

C'est le regard des amis qui tourne autour de la table
Et comment le remercier de faire un cercle aussi pur
C'est le regard des amis, c'est la danse des visages
C'est le cœur curieusement qui veut voir à la fenêtre.
Et nous sommes soulevés par un globe de musique
Ou flotte le pavillon d'une unconnue république
Comme dans cette peinture de Rousseau le douanier

Notre tablée monte au ciel vogant dans una nuée
Depuis très longtemps la terre n'est qu'une tristesse sans nom
Elle repose muette dans un violon sans cordes
Il n'est plus qu' un groupe ami vogant dans un vrai nuage
Sans gouvernail ni pilote et le ciel pour bastingage
Dans un nuage marin escorté de goëmons
On respire un air soyeux d'un angélique oxygène
Nous cueillons et recueillons le céleste romarin
Et la fougère affranchie qui se passe de racines
Et comme il nous est poussé dans l'air pur des ailes longues
Nous mêlons nos plumes lisses à la guitarre des mondes.

Luego de haberse proferido estos dos documentos de protocolo, el banquete recobró su libertad que fué aprovechada por los señores Raúl González Tuñón, Evar Méndez, Ernesto Palacio, Alvaro Melián Lafinur, Brandán Caraffa y Rojas Paz para decir versos de su peculio. El director de «Martín Fierro» trasladó a los comensales algunas estrofas del poeta ausente Andrés Caro, con lo cual concluyó la velada sin que se tuviera que lamentar ningún otro incidente.

F. GEORGES

35-37 Boulevard des Capucines

PARIS

Les Meilleurs Modeles
des Grands Couturiers

BUENOS AIRES

658 CHARCAS

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

SECRETARIO

EMILIO SUAREZ CALIMANO

Dirección: LIBERTAD 543

Buenos Aires.

ALFAR

DIRECTOR

JULIO J. CASAL

CANTÓN PEQUEÑO 23

LA CORUÑA

ESPAÑA

Dr. E. R. BERNASCONI CRAMER OCULISTA 1468 - JUNCAL - 1468 U. T. PLAZA 1511	ARTURO J. RISOLIA MÉDICO CIRUJANO 736 - PUEYRRREDON - 736 U. T. Mitre 0955
Dr. CARLOS F. ROPHILLE Médico Interno del Hospital N. de Clínicas, adscri- to a la Cátedra de Medicina Operatoria. — Jefe de trabajos prácticos de Clin. Genecológica. 1637 - VIAMONTE - 1637 Consultas de 16 a 17. Unión Telef. 2973. 3421 y 1600, Juncal.	ISAAC PRINI Jefe de Clínica del Instituto de Cirugía y Jefe de Trabajos Prácticos Medicina Operatoria 2186 - BELGRANO - 2186 U. T. 28, MAYO 2537
Dr. ANTONIO EGÜES Médico del Instituto de Clínica Quirúrgica Hospital de Clínicas Consultas de 14 a 18 horas 2009 - MELÓ - 2009 - 3.er. Piso U. T. JUNCAL 2060	Dr. JOSE P. USLENGHI 273 CALLE AYACUCHO - 273 U. T. 5550, LIBERTAD

ANTOLOGIA DIRECTOR Y ADMINISTRADOR Enrique Díaz de Guíjarro ESTADOS UNIDOS 1158 U. T. 25, B. Orden 1180 BUENOS AIRES	NUEVA GENERACION Revista Mensual de Arte DIRECTOR N. PENA y THODE Dirección y Administración ARENAL GRANDE 1784 MONTEVIDEO	INICIAL Revista de la Nueva Generación DIRECTORES ROBERTO A. ORTELLI, HOMERO GUGLIELMI- NI, ROBERTO SMITH, V. RUÍZ DE GALA- RRETA. Dirección y Administración AVENIDA de MAYO 634
---	---	---

No hay artículo de tocador, tan imprescindible y beneficioso para una higiénica «toilette», como el agua de colonia; y si ésta es de buena clase se duplican los beneficios de su uso. En el

AGUA DE
COLONIA

ANTINEA

tiene usted un producto de superior calidad y exquisito perfume, de perfecta destilación y notable persistencia odorífera, que por su fabricación económica se halla al alcance de todos.

Precio

1 frasco, \$ 5.-; 1/2 frasco, 2.65.-; 1/4 frasco, 1.65.-; 1/8 frasco, 0.70.-

Perfumería MENDEL

En Buenos Aires: Calle Guardia Vieja, 4439. — En Rosario de Santa Fe: Calle Entre Ríos 864. — En Montevideo: Calle Cerrito 673. — En Asunción (Paraguay): Calle Alberdi 217.

FUNDADA
EN 1880

**PIELES
LOPEZ**

PARIS,

37 BOUL. DE STRABOURG.

BUENOS AIRES,

FLORIDA ESQ. CÓRDOBA

U. T. 31, RETIRO 0166

DOSE
— y —
LARIVIERE

ADMINISTRACION
DE PROPIEDADES

Calle CANGALLO 469

U. T. AVENIDA 2401

Disponibile

GHISO

JOYEROS

ALHAJAS - PLATERIA

REPRESENTANTES UNICOS DE LOS CRISTALES DE RENÉ LALIQUE
ANTIGÜEDADES

PORCELANAS DE CHINA, PERSIA, ESPAÑA, FRANCIA E ITALIA.

CRISTALES DE ROCA, JADES,
LACAS Y LACAS COROMANDEL.

ABANICOS, MINIATURAS, RELOJES, MUEBLES, CUADROS,
TAPICES, ARAÑAS Y PINTURAS DECORATIVAS.

FLORIDA 778 82 - 80, Bs. AIRES

U. T. 31. RETIRO. 0051

SUCURSALES París: 13 RUE AUBER

COOPERATIVA ARTISTICA L^{TDA.}

CORRIENTES 641

U. T. 2858, Avenida

GRABADOS — AGUA FUERTES
OBJETOS DE ARTE

REPRODUCCIONES DE ARTE ANTIGUO Y MODERNO

Gran Taller de Marcos

Precios Excepcionales

PROA

Avenida Quintana 222

PRECIO DE SUSCRIPCION

Trimestre	\$ m/n.	2.50
Semestre	» »	5.—
Año	» »	10.—

EXTERIOR:

Año	\$ o/s.	5.—
---------------	---------	-----

PROA vivirá si consigue bastantes suscriptores. Suscríbase y suscriba a sus amigos.

1 PESO
